

HISTORIAS DE TIRSO DE MOLINA



COLECCION ARALUCE

Carmen Ruiz

COLECCIÓN ARALUCE

(Las obras maestras al alcance de los niños)

Cada tomo 9 láminas en color

PUBLICADOS

Guillermo Tell.	Más historias de Andersen.
Los héroes.	Historias de Wagner.
La Divina Comedia.	Historias de Calderón de la Barca.
Viajes de Gulliver.	Historias de Lope de Vega.
La Cabaña del tío Tomás.	Cántico de Navidad.
Cuentos de Grimm.	La gitanilla.
Robinson Crusoe.	El Paraíso perdido.
La Iliada.	El lazari'to de Tormes.
La Odisea.	Fábulas de Esopo.
La Eneida.	Ivanhoe.
Cuentos de la Alhambra.	Cuentos de Edgard Poe.
Los Caballeros de la tabla redonda.	Tradiciones Iberas.
La Infantina de Francia.	Historias de Goethe.
Los Lusíadas.	Orlando Furioso.
Hazañas del Cid.	Historias de Molière.
La Canción de Rolando.	Más Cuentos de Grimm.
Cuentos de Hoffmann.	Historias de Schiller.
La Araucana.	Historias de Tirso de Molina.
Historias de Shakespeare.	Amadis de Gaula.
Más historias de Shakespeare.	Aventuras de Don Quijote, 2 to-
Historias de Chaucer.	mos en 1 vol.
Historias de Andersen.	

PÁGINAS BRILLANTES DE LA HISTORIA

Historia de las Cruzadas.	3 ptas.
Historia de la Conquista de México, <i>Hernán Cortés</i>	3 »
Historia del descubrimiento del Perú, <i>Francisco de Pizarro</i>	3 »

LOS GRANDES HECHOS DE LOS GRANDES HOMBRES

Cristobal Colón, su vida y sus viajes	3 ptas.
Alvar Núñez Cabeza de Vaca (primer explorador de América).	3 »
El Gran Capitán, Gonzalo de Córdoba.	3 »
Juan Sebastián el Cano, el primero que dió la vuelta al mundo.	3 »
El Cardenal Cisneros, su vida, su obra	3 »

Colección ARALUCE

**LAS OBRAS MAESTRAS AL
ALCANCE DE LOS NIÑOS**

**Declaradas por R. D. de utilidad
pública y para las B. Circulantes**

**HISTORIAS DE
TIRSO DE MOLINA**

VICARIATO CAPITULAR
DE LA
DIOCESIS DE BARCELONA

Barcelona, 21 de Octubre de 1914

Nihil obstat

El Censor

Francisco de P. Ribas y Servet

PRESBITERO

Barcelona, 21 de Octubre de 1914

Imprimase

El Vicario Capitular,

JOSÉ PALMAROLA

Per mandado de S. Sria.,

Lic. Salvador Carreras, Phro.

Scrito. Canc.

Por lo que a Nós toca, concedemos nuestro permiso para la publicación de las obras que bajo el título de "Colección de obras maestras al alcance de los niños" dará a luz la Casa Editorial Araluce, de esta ciudad, mediante que de nuestra orden ha sido examinada, y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico o a la sana moral. Hágase constar esta licencia al principio o al final del libro, en la forma anotada al margen, y entréguese dos ejemplares rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

El Vicario Capitular,

JOSÉ PALMAROLA

Per mandado de Su Señoría,

DR. P. VALLÉS, PBRO.

Pro.-Scrito.

CBV
G-9

HISTORIAS DE TIRSO DE MOLINA

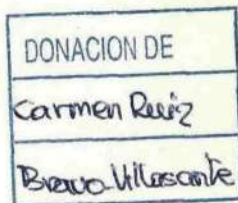
RELATADAS A LOS NIÑOS

por

MARIA LUZ MORALES

ILUSTRACIONES DE

J. CAMINS



Reg. ED (CBV): 31.394

CASA EDITORIAL ARALUCE
CALLE DE LAS CORTES, 392.-BARCELONA

Es propiedad del editor

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO	9
<i>El Vergonzoso en Palacio</i>	11
<i>Don Gil de las Calzas Verdes</i>	50
<i>La prudencia en la mujer</i>	91

LISTA DE LAS ILUSTRACIONES

	<u>Págs.</u>
<i>Quería deshacerse de él</i>	FRONTIS
<i>Sujetaron con fuerza al amo y al criado</i> ...	19
<i>...dejad, dejad que os bese los pies</i>	35
<i>Y aparecieron más bellas que nunca</i>	46
<i>...un mozo de la más rara catadura</i>	55
<i>—¡Este no es mi Don Gil, padre!</i>	64
<i>...barrió el suelo con la verde pluma</i>	76
<i>—¡Alto ahí!—gritó</i>	83
<i>—¿Por qué huís, Ismael?</i>	108

PRÓLOGO

POCO se sabe, niños hispanoamericanos, de la vida de esta gloria de España que es Tirso de Molina. Sus datos biográficos nos dicen solamente que nació en Madrid en octubre de 1571 y murió en marzo de 1648, que se llamó fray Gabriel Téllez, que fué religioso mercedario, que apenas se sabe nada de quien fuera su familia, que viajó por España, Portugal y América, que reformó el monasterio de su orden, que leyó y estudió mucho, que escribió comedias y comedias...

Poco es esto para saber de su vida, pero, en cambio, podemos saber por lo que nos dejó en su obra que fué—como de él dijo alguien en su tiempo—«predicador, teólogo, poeta y siempre grande». Sabemos sobre todo que fué y es una de las mayores glorias del teatro español, que es, a su vez, una de las mayores glorias literarias de España.

Es tan varia la vena de Tirso al tratar de asuntos de teatro, que apenas puede imaginarse que existieran en una misma mente tantos aspectos y matices.

Porque suyas son obras de tan hondo sentido teológico como «El condenado por desconfiado» y otras que han sido discutidas e imitadas en todos los tiempos y todos los países, como el famoso «Convidado de Piedra», historia del célebre don Juan Tenorio. Y otras en fin, de enredo y aventura, tan lindas, tan divertidas y gratas de leer y de oír como éstas tres que aquí os ofrecemos, y que estamos seguros que, a cual más, han de gustaros.

Que las bellas historias de «El Vergonzoso en Palacio», don Gil de las calzas verdes» y de «La prudencia en la mujer», en que con tanto relieve se retrata el temple extraordinario de una reina española, os hagan trabar conocimiento con el fino y vario espíritu de Tirso de Molina, y os sirvan, de hoy más, de compañía.

MARÍA LUZ

EL VERGONZOSO EN PALACIO

I

EN los montes de Portugal, tierra fértil y bella cual ninguna, vivía obscuramente, hace más de trescientos años, un anciano pastor llamado Lauro. Eran tan afebles y pulidas sus maneras, su hablar tan mesurado y discreto, su juicio tan sabio y elevado, que los demás pastores, aun cuando él les trataba con toda sencillez y llaneza, no podían tenerlo por igual, sino por muy superior a todos ellos. En sus cuitas iban a Lauro a consultar, en sus apuros iban a Lauro a pedir—que su largueza era de todos sobradamente conocida—y teniéndole por algo así como por amo y señor, le amaban tanto que no había en los montes un sólo pastor que por Lauro no hubiera querido dar hasta la vida.

Tenía Lauro un hijo lo más bello y galán que pueda imaginarse : se llamaba Mireno, y

aunque vestido desde niño con la tosca pelliza de pastor, y hecho desde su infancia a llevar a pacer los ganados al campo, había sido criado por su padre en el temor de Dios y aprendido las artes de la lectura y la escritura. Fuera por esta pulida educación, que su padre aumentaba cada día con prudentes consejos y sanas enseñanzas, y que tan distinto le hacían de los demás pastores ; fuera porque en sus lecturas conoció héroes novelescos y galanes cortesanos en que le parecía ver su vivo retrato, el caso fué que Mireno, el pastorcillo, dió en cavilar y cavilar que aquella vida no era para él, hasta llegar a la conclusión de que indudablemente su cuna debía ser la de un duque o marqués que por azares de la suerte le dejara más tarde, en el monte, al cuidado de Lauro. Más de una vez preguntó al buen anciano si era realmente su padre, y en la emoción de Lauro al contestarle que quién si no él podía serlo, comprendió que sus sospechas le engañaban. Y sueña que soñará fantasías y aventuras imaginaba que también Lauro, su padre, podía ser un príncipe desterrado de su patria, o un gran señor retirado

a la soledad por cansancio de la vida. Pero también lograba Lauro con su buen juicio alejar estas sospechas de la mente de su hijo.

Más he aquí que a medida que pasaban los años, la vida de pastor se le iba haciendo a Mireno más insoportable. El soñaba con palacios suntuosos y alcázares magníficos, con damas regiamente vestidas y caballeros galanes y obsequiosos. El sabía cuanto en la corte del duque de Avero ocurría y cuanto acontecía en el palacio del rey de Portugal, y no pasaba día en que no se afirmara más y más en cierto arriesgado proyecto largo tiempo acariciado.

Un día al fin, y al punto que la tarde caía y la noche avanzaba, decidió huir de casa de su padre, y marchar a Avero en busca de fortuna. Para hacerse con algún dinero que le permitiera trocar su traje por otro menos humilde, vendió dos bueyes que su padre le diera en propiedad, y por tener compañía, propuso a Tarso, un gañán zafio, pero despierto, que quisiera servirle de escudero. Le prometió comprarle en la ciudad un sombrero y una espada, y llevarle a la corte y el otro consintió de la mejor gana del mundo. Y hay

que advertir que jamás hubo criado que amase más a su señor, de lo que Tarso amaba y admiraba a Mireno. Juntos emprendieron, pues, el camino y juntos se ocultaron en el bosque.

Entretanto, en la corte del duque ocurrían graves cosas. El conde de Estremoz, noble mancebo invitado por el duque de Averó a una partida de caza muy notable, había estado a punto de ser asesinado por mandato de Ruy Lorenzo, secretario y hombre de confianza del anciano duque. Nadie supo los móviles que impulsaran a Ruy a cometer tan grave acción, pero, como su intento fracasó y el duque, indignado hacia quien así atentaba contra su noble huesped, hizo pregonar su cabeza, Ruy Lorenzo, seguido de un lacayo, huyó de la corte y se internó en el bosque.

Y he aquí que los unos en busca de la corte y los otros huyendo de ella en medio del bosque se encontraron Ruy Lorenzo y Mireno y sus respectivos escuderos. En un principio, unos y otros tuvieron algún miedo, pero el de los pastores se disipó pronto al pensar que nadie podía quererles mal, pues ningún delito habían cometido, y el de los cortesanos bajó

de punto al advertir que sólo tenían que habérselas con villanos sin armas.

—¿A dónde bueno, amigos?—fué el primero en preguntar Ruy Lorenzo.

—A la villa, a comprar algunas cosas—le contestó Mireno en tono indiferente—. ¿Está allí el duque?

—Allí queda.

—Dios le guarde muchos años. Pero ¿y vosotros?—prosiguió el ambicioso pastorcillo—¿no vais perdidos entre estas breñas y jarales? Porque habéis de saber que este sendero se aparta en mucho del camino real.

—Pastor amigo, esas palabras declaran tu bondad—contestó Ruy Lorenzo—; no vamos perdidos, no; pero vamos huyendo. Quise dar muerte a un poderoso que se atrevió a ofender a mi hermana, y por este delito, no cometido, el duque hace que se me persiga y se me prenda. Por eso, huyendo de su gente, me aparto del camino y entro en la espesura.

—Me causáis lástima—replicó Mireno, realmente apenado, pues en sus montañas no se tenía idea de lo que eran las luchas e intrigas de la corte—. Y a fe mía que quisiera ser

algo más que un mísero pastor, para poder prestaros mi favor y mi ayuda. Pero ya que os persiguen—añadió después de reflexionar un breve instante—yo creo que os sería de alguna utilidad cambiar esos ricos ropajes, que, a las gentes del duque les serán de sobras conocidos, por estos nuestros, que, por toscos e impropios de vuestra reconocida condición, no han de inspirar sospechas.

—¿Cuándo un tosco sayal ocultó sentimientos más nobles y más generosos? Acepto reconocido tu oferta, pastorcillo.

Dijo Ruy Lorenzo, e internándose los cuatro en la espesura se dieron más que prisa a despojarse de calzas y ropillas, para cambiar las de unos por las de otros. Así quedaron los caballeros disfrazados de pastores, muy mal vestidos, pero muy seguros de no ser conocidos.

Y en cuanto a los pastores, era de ver el donaire con que Mireno lucía el traje, todo recamado y bordado, del cortesano, que no parecía sino que había sido hecho para él: No aparecía con aquella rigidez y tiesura con que el villano suele vestir las galas del señor,

sin atreverse a mover ni pie ni mano, sino que andaba con desenfado y se movía con toda soltura como si hubiese nacido y se hubiese criado con tales ropajes. En cambio, el ver los saltos y brincos que Tarso daba para meterse los calzones, y los apuros que pasaba enfundado en el alto cuello y la ceñida ropilla, era para que cualquiera se muriera de risa.

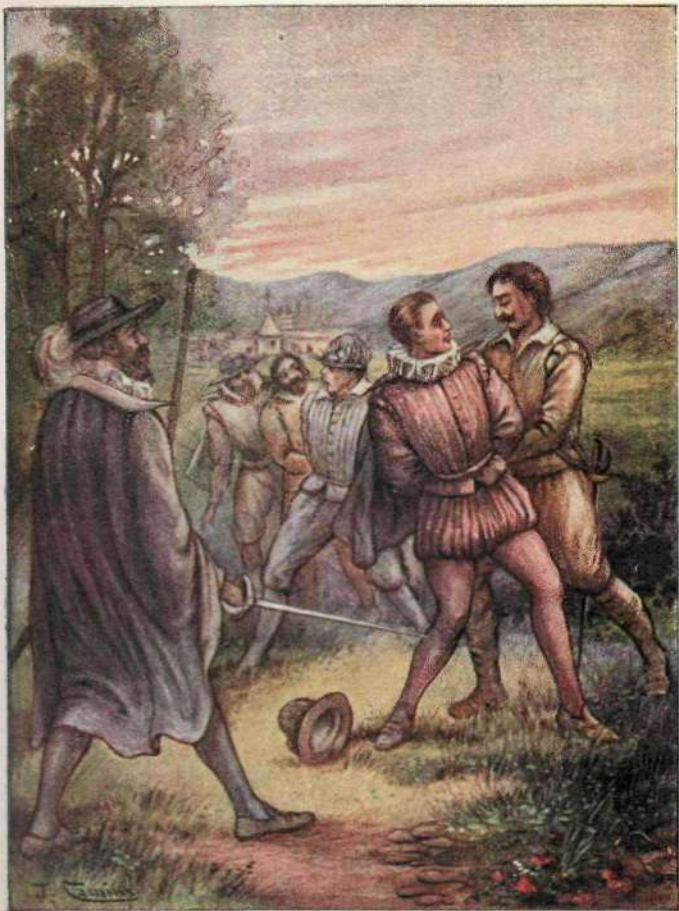
Las espadas fué lo único de que los cortesanos no se desprendieron. Y los villanos pensaron que en llegando a la villa se comprarían unas.

Al despedirse los de la corte y los de la montaña se abrazaron estrechamente—a poco le estallan las calzas a Tarso de lo estrecho del abrazo—y Mireno aconsejó a Ruy Lorenzo que fuera a refugiarse a la cabaña de Lauro, su padre, quien, al verlo con la ropa de su hijo, no vacilaría en protegerlo, de seguro. Y así se separaron.

Siguieron andando monte arriba Mireno y Tarso. El amo no cabía en sí de satisfecho al verse con el pulido traje que tan bien le cuadraba, y su natural orgullo y presunción se aumentaban al admirarse a sí mismo tan bien

ataviado ; el criado tampoco cabía en la ropilla, que se le antojaba un suplicio, y hubiera dado cualquiera cosa por recobrar su humilde y grosera pelliza. Deliberaron un momento y convinieron que sería cuerdo cambiar de nombres poniéndose, en lugar de los suyos, otros que con los nuevos trajes mejor les cuadraran. Y decidieron que el amo se llamaría don Dionís de Portugal y el criado Gómez Brito.

Andando, andando, llegaron a poblado. Y he aquí que como a todos los concejos había llegado orden terminante del duque de prender y conducir aherrojado a palacio a Ruy Lorenzo donde se le encontrase, y las señas de su traje y figura se habían hecho pregonar en las plazas, el alcalde y los alguaciles de aquel pueblo habían salido en busca de los fugitivos. Así, no bien vieron a Mireno y a su pretendido escudero, vestidos con las ropas que los fugitivos les dejaran, empezaron a dar grandes voces diciendo que habían encontrado a los que las gentes del duque buscaban. Y la esperanza del buen premio ofrecido por la corte hacía que no cogieran de alegría en el pellejo.



Sujetaron con fuerza al amo y al criado...

Sujetaron con fuerza al amo y al criado, los trabaron con esposas y cuerdas, y, seguidos de un numeroso acompañamiento de corchetes y gentes diversas, los condujeron a la villa. Ya en ella, armando un gran estrépito, entraron en palacio y solicitaron ver al duque.

Hallábase el duque de Avero muy ocupado aquellos días. Porque hay que saber que el duque tenía dos hijas tan bellas y lindas, como en Portugal jamás se vieran otras doncellas, siendo todas las de aquel país extremadamente hermosas ; baste decir que en coplas y romances se alababa su donaire y gentileza en todo el mundo, y que de las más lejanas tierras de cristianos y moros llegaban galanes para pretenderlas. Llamábase Magdalena la mayor, y era tan discreta y traviesa como hermosa ; Serafina se llamaba la pequeña, y por su dulzura y su bondad se atraía el afecto de todos.

Hasta entonces, como ya hemos dicho, muchos galanes de todas cataduras y fortunas las habían pretendido, pero ellas se habían mostrado desdeñosas con todos. Más he aquí que había llegado el momento oportuno para

tomar estado, y el duque, su padre, quería buscarles maridos dignos de ellas. Y en aquellos días precisamente había llegado a la corte don Duarte, conde de Estremoz, galán destinado a Serafina, y se esperaba de un momento a otro al conde de Vasconcelos, que lo había de ser de Magdalena.

Hallábase, pues, reunida la corte en pleno ; las hijas del duque rodeadas de sus damas, vestidas todas de rasos y brocados, surgiendo de entre tules y gasas los rostros lindos y frescos como flores ; los caballeros recitaban galantes madrigales, y todo eran músicas, danzas y sonrisas, cuando entraron en la sala del consejo los villanos campesinos que traían a Mireno y a Tarso.

— ¡ Buen viejo ! — dijo el alcalde en su zafia jerga — ; vos debéis ser el duque, ¿ verdad ? Pues yo soy el alcalde, y como supe que mandábades prender a estos bellacos, los cogimos y aquí os los traemos...

El duque se levantó e hizo que se interrumpieran músicas y danzas.

— ¡ Habrá simplicidad ! — exclamó — Ni comprendo a qué venís ni por qué delito traéis

aquí a esos hombres. Soltadlos, pues. Y vosotros, decid de qué fechoría os acusan.

Mireno dobló la rodilla y habló.

—Si es fechoría el favorecer a un desdichado, acosado y perseguido, y trocar mi traje por el suyo para salvarle de la muerte, esa es mi fechoría.

—¿Tú osaste libertar al secretario a quien yo condené?—gritó el duque con voz tonante—. Mas ya veo que es cierto lo que dices, pues ese traje es, en efecto, el que él llevaba cuando huyó de palacio. Dí, traidor, ¿cómo te atrevistes a tanto?

—No me deis ese nombre que no merezco, gran señor. No me ultrajéis, que yo no estoy a ello acostumbrado.

—Orgullosa es el mozo—dijo doña Magdalena al oído de su hermana. Y se quedó mirándole, reparando en su galanía y gentileza.

El duque continuaba severamente su interrogatorio.

—¿Conocías acaso al traidor para querer a costa tuya libertarle? Pues por él te pusiste en riesgo tan grave, bien sabrías quién era.

—Sabía que quiso dar muerte a quien insultó a su hermana, y por eso traté de librarle de tu cólera.

—Bien, bien—continuó el duque—; di dónde está, y serás perdonado.

—¿Entregarle? ¡ Señor ! ¿ Cómo siendo vos noble podéis proponerme villanía tal ?

—¿ Villanía llamas a descubrir a un traidor ?—exclamó el duque muy airado—. Llevad, llevad preso a ese hombre, que si no ha perdido el seso y está un poco a bien con su pellejo, acabará por decir dónde se esconde el reo.

E inmediatamente entraron en el salón dos parejas de corchetes que aherrojaron de nuevo al falso don Dionís y se lo llevaron preso.

Mas sucedió que doña Magdalena y doña Serafina, al ver que iban a encarcelar a aquel galán, tan lindo y tan mozo, tan firme y tan discreto, sintieron gran lástima de él y se inclinaron a suplicar a su padre que le perdonase.

II

Y, en efecto, el altivo caballero don Dionís, que así se hacía llamar ahora Mireno el pastorcillo, fué perdonado y puesto en libertad. Pues Magdalena, la hija mayor del duque, le rogó a su padre con tantas y tan convincentes razones, que el noble anciano no tuvo más remedio que ceder. Y he aquí que el galán se disponía a irse del palacio y aun de la villa, pues quería lanzarse a correr mundo, cuando dió en pensar que debía despedirse de la que tanto favor le había hecho con su intercesión. Y así, ya dispuesto a emprender el camino, envió a decir a la damita que la quería ver.

Ella dudó un momento... Porque pensó que si preso y ausente de tal modo se había apoderado de su voluntad; ¿qué no sería presente y libre? Y como Magdalena estaba prometida al conde de Vasconcellos... Mas al fin salió vencedor su deseo, que también le ordenaba hablar por última vez con el galán. E hizo que fuera en el acto conducido a su presencia.

Llegó Mireno ante ella, y dijo así, doblando al mismo tiempo la rodilla :

—Atrevimiento es, señora, el llegar hasta vuestra presencia quien para ello cuenta con tan poco merecimiento como yo, mas pecado mayor que el de atrevimiento fuera el de ingratitud, y por ingrato me tendríais si no me mostrara agradecido. Por haber favorecido a un desdichado, me ví preso y perseguido ; el cielo ha querido, sin duda, darme el pago en la misma moneda, pues vuestra ayuda me hace, señora, quedar libre... Sólo cautiva queda mi voluntad, señora, que es vuestra esclava en agradecimiento desde hoy...

—Levantáos del suelo—dijo la dama tendiéndole la mano.

Y él no quería, pero ella le obligó a levantarse.

—¿Sois portugués?—le preguntó.

—Así lo imagino por lo menos.

—¿Que lo imagináis, decís? ¿no estáis, entonces, bien seguro de ello?

—Mi padre vino al lugar donde habita, trayéndome pequeño, más yo creo que, en efecto, él y yo somos de Portugal.

—¿Sois noble?

—Así lo creo, pues me lo muestra mi noble natural.

—Y vuestras obras, ¿darían también muestra, si preciso fuera, de esa vuestra nobleza?

—Creo que sí, señora.

—A cada una de mis preguntas—arguyó Magdalena, con malicia—contestáis *creo*, *creo*... ¿Imagináis acaso que os pregunto artículos de la fe?

—Fe os guardo por la merced que de vuestra mano he recibido.

—¡Agradecido sois! Mas decid, ¿cómo os llamáis?

El galán no pudo menos de vacilar un punto. Después dijo arrogante:

—Me llamo don Dionís.

—Entonces no hay duda—contestó la doncella—de que sois portugués y hombre muy principal, que en este reino no hay hombre humilde que tal nombre lleve. Y ahora, decid: ya que estáis libre, ¿a dónde pensáis ir?

Mireno entonces dió libre curso a lo que ocupaba todo su pensamiento.

—Pienso ir, señora mía—dijo respetuo-

so—, a donde pueda alcanzar la fama que apetezco ; pues este es el motivo que hace que de mi patria me destierre.

—Y ¿en dónde imagináis calmar esa ambición?—tornó a preguntar la bella, sonriendo.

—En la guerra, señora.

—¿En la guerra? ¿No sería mejor encontrarla en la paz?

Y la damita, al pronunciar estas palabras, miraba al galán entre enternecida y maliciosa. Y él respondió, sin comprender :

—¿En la paz? ¿de qué modo?

Y la damita entonces le expuso en dos palabras todo un bello y complicado plan.

—Si sois tan ingenioso cual pulido y sabéis mostraros tan osado cual altivo os mostráis : ¿por qué no pretendéis la plaza de secretario que mi padre tiene vacante ahora?

Mireno se irguió con orgullo notorio.

—Porque mi afición—dijo—no me inclina a servir.

Se sonrió la dama.

—Y si tanto queréis subir, ¿no creéis que la pluma algo os pueda ayudar?

—Es poco una sola pluma para volar...

Entonces ella, al ver la terquedad del mozo, dijo frunciendo el ceño :

—Don Dionís : es mi gusto que os quedéis.

Y el galancito, creyendo comprender al fin —porque aunque vergonzoso era, como ya hemos visto, un tantico presumido—, contestó :

—Si es *vuestro* gusto, me quedaré, señora. Ordenad que la plaza se me dé.

Y ella temió haber ido demasiado lejos, pues bien veía en los ojos del galán que él comprendía como ella le amaba. Y dijo :

—Comprenderéis que todo ello no es sino por vuestro provecho, que ya que por mí se os otorgaron libertad y vida, pesárame que ahora vida o libertad perdiérais en la guerra...

Y dando media vuelta, le volvió la espalda, y se separó de él.

Quedóse el mozo corrido, confuso y azorado. Imaginaba, por una parte, que el interés de doña Magdalena sólo a impulso de amor podía obedecer, y al mismo tiempo, no obstante su mucha pretensión y su alocada fantasía, parecíale que la dama estaba demasiado alta para bajarse a pensar en él. Y de este mo-

do, sin saber qué imaginar ni qué creer, se fué a participar a Tarso la buena nueva de su privanza y de su libertad.

Mas sucedió que en aquellos días había llegado al palacio del duque el marqués Antonio de Penela, un noble caballero por extremo galán; y habiendo visto a las hijas del duque antes de presentarse a éste, había quedado de tal modo prendado de la hermosa Serafina, que ya no tuvo lugar ni para dar al duque las cartas que llevaba, ni para ocuparse de asunto ninguno que no fuera su amor.

Y era el caso que como la bella Serafina estaba por el duque prometida al conde don Duarte de Estremoz, don Antonio no podía pedírsela a su padre y todo se le iba en imaginar de qué medios podría valerse para alcanzar el amor de la dama, burlando así al conde de Estremoz. Y he aquí que se le ocurrió la idea de no darse a conocer, y, por acercarse a la doncella, pretender la plaza de secretario, por medio de un primoroso memorial.

Y tanto le agradó al duque la letra y la presencia del doncel, que en el acto lo admitió. Así, cuando Magdalena fué a rogar a su pa-

dre que quisiera tomar por secretario a don Dionís, la plaza estaba dada.

Y la doncella se puso muy triste, y su padre, no sabiendo cómo consolarla, la habló de su prometido el de Vasconcelos, creyendo que con ello la había de alegrar.

—Has de saber, hija mía—dijo cariñosamente el noble anciano—, que hoy mismo ha llegado un emisario de la corte, trayendo un pliego con que tu casamiento autoriza el rey. Pronto estará aquí Vasconcelos y será tu esposo; ¿qué más puedes apetecer? Cese tu melancolía, que me aflige, y apresúrate a escribir la buena nueva a tu galán.

Y he aquí que la damita se alegró, sí, pero no por lo que su padre le decía, sino porque vió en sus palabras una esperanza para su deseo caprichoso.

—¿Cómo queréis que escriba, padre mío—dijo muy compungida—, si mis letras no parecen tales, sino garabatos? ¿No creéis que habrá en ello vergüenza para vuestra hija, cuando en la corte vean que las cartas que escribe no se pueden leer?... Díeráisme un maestro, señor padre, que me enseñara a hacer letra

primorosa y rasgueo pulido, y viérais cómo no me daba reparo el escribir...

—¿Un maestro, decís?

—Sí, padre y señor. Un maestro digo, que por cierto pudiera muy bien ser ese mancebo que trajeron preso y a quien yo quisiera proteger. Ya que no puede ser vuestro secretario y es tan fino, instruído y discreto, bien pudiera darme lección con que mis borrones enmendara, que no está bien no saber escribir en mujer, como yo, principal...

—Sea—contestó el duque—. Entre ese mozo por maestro y secretario tuyo, y con sus lecciones distraerás tu melancolía, que tienes pena porque estás ociosa...

Y la damita no cabía en sí de alegría.

De nuevo hizo que llamaran a su presencia al galán.

—Desde hoy—le dijo—, seréis mi maestro, don Dionís.

Y él contestó:

—¿Qué habéis visto en mí, señora, que así me procuráis engrandecer? A fe mía que desde hoy será el discípulo el que lección al maestro dará.

Y en el fondo se envanecía al ver la preferencia que le mostraba la altiva Magdalena. Pero ella era a un tiempo que discreta, maliciosa.

—Es, don Dionís, que como amo tanto...

El galán empezaba a ponerse tan hueco, que no cabía en sí. Pero ella concluyó :

—Como amo tanto... al conde de Vasconcelos, quisiera, antes de que viniera, aprender a hacer buena letra, por mejor saber expresar lo que siento al escribirle... Mas, ¿por qué palidecéis? Pues vos sois mi maestro, me habéis de enseñar mi amor a escribir y a declarar.

El falso don Dionís sentía que su esperanza se moría. ¡ Él, que imaginaba que el amor de doña Magdalena era por él ! ¡ Él, que se atrevió a pensar que una tan alta dama podía suspirar por el hasta hacía dos días humilde pastorcillo ! ¡ Él, que pensaba ya en hacer venir a su padre a la corte para participar de su buena fortuna ! Y ahora resultaba que había hecho como aquel asno de la fábula, que yendo cargado de reliquias, ante las cuales la gente, reverente, se postraba, creía que eran para él aquellos homenajes, y tiró las reliquias impa-

ciente... y los que antes se arrodillaban ante él, lo apalearon. Esta fábula venía ahora a la mente del falso don Dionís y en el alma le escocía...

Y la dama, que por no darle demasiadas esperanzas, con toda intención lo había dicho, no pudo menos de notar la amargura del galán. Y le dió pena de él y quiso consolarle, levemente, de algún modo. Hizo entonces como si el taconcito del chapín se le torciera, dió un ligero tropezón, y se apoyó, para no caer, en el brazo de Mireno.

Y al darle él la mano para sostenerla, le miró ella con mirada tan dulce, que el mozo se olvidó del asno cargado de reliquias, del conde de Vasconcelos y de sus propias confusiones y recelos, y tornó a creer que doña Magdalena sentía por él algo parecido al amor.

Mas como era vergonzoso no dijo lo que ella quería que dijera. Y de nuevo calló.

III

En tanto, allá en el monte donde el buen pastor Lauro vivía, todo eran penas, lágri-

mas y dolor. Ruy Lorenzo, que en el anciano había hallado la mejor acogida, no cesaba de acordarse de la corte y de la acusación que sobre él pesaba, y de su hermana Leonela, que en vano le aguardaría, pues no tenía otro amparo que él; las pastoras y especialmente Melisa, la más pizpireta y bella de todas, echaban muy de menos a Tarso, que tanto solía distraerlas con sus canciones y sus juegos, y sus risas y su buen humor; y Lauro, en fin, cada día más triste, no dejaba pasar una hora sin llorar lágrimas abundantes y amargas por el hijo perdido y muy amado. Ruy Lorenzo, que amaba al viejo tiernamente, trataba en vano de calmarle.

—No lloréis—le decía—, que si vuestro hijo se ha ido, no será sino para volver a daros más gloria y más honor, que es, a fe mía, mozo que vale para algo más que para estar aquí guardando cabras... y si vuestra desdicha os parece tan grande, ¿qué no diré yo de la mía? Vos sólo un hijo habéis perdido...

—¿Y vos habéis perdido más que un hijo?—interrogó Lauro.

—Sí, pues que perdí el honor. Mi cabeza



pregonan en Averro, y de mí hablan en la corte como de un criminal ; y en tanto, el que insultó a mi hermana va a casarse con otra, y la infeliz Leonela llora en triste aflicción... Decidme ahora si es gran daño el vuestro al tener un hijo ausente.

El buen anciano sonrió con amargura y luego dijo :

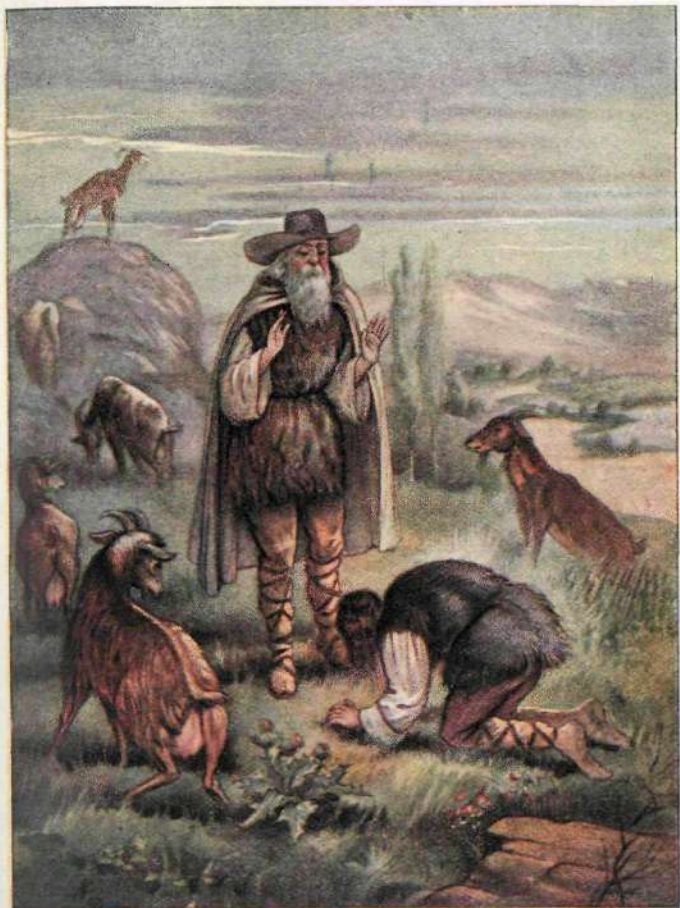
—Si me guardas el secreto, te contaré cuáles son otras desgracias mías.

Ruy Lorenzo, poniéndose la mano sobre el corazón, contestó sólo :

—Soy hombre de honor.

Y el anciano Lauro empezó a hablar de esta manera :

—Pues que el traje que llevas hace que te coloque en el lugar que mi hijo ocupaba, no quiero ya ocultarte nada de cuanto valgo y soy. Porque has de saber, Ruy Lorenzo, que yo no soy hijo de estas asperezas, ni este traje tosco con que me visto es el que corresponde a mi condición. Que jamás antes de ahora cultivé tierras ni apacenté ganados ; que, en fin, mi nombre no es ni ha sido nunca Lauro... Has de saber que don Pedro de Portugal me



...dejad, dejad que os bese los pies...

llaman y que desciendo por línea recta de los reyes lusitanos. Y el monarca que hoy reina es mi sobrino carnal.

Oyendo estas palabras, Ruy Lorenzo no podía dominar su sorpresa. Se prosternó de hinojos y exclamó, besando los pies del augusto anciano :

—¡ Oh, duque de Coimbra, a quien todos lloran por muerto o desterrado ; dejad, dejad que os bese los pies !

Pero el anciano le alzó, paternalmente.

—Levanta—dijo—, levanta del suelo y escucha, si tienes paciencia para ello, hasta dónde llegan todas mis desdichas. Has de saber que cuando murió el rey mi hermano, dejando como único heredero un niño de seis años, yo quedé encargado, como tutor del príncipe, de velar por él y por la nación. Mas sucedió que al verme, así, ostentar el cetro, todo fueron envidias, rencores y rencillas, y se metió por medio el rey de Castilla y salieron a relucir las armas y empezaron las guerras. Esto duró mientras Alfonso V, el hijo del rey y mi sobrino, no fué mayor de edad. No bien llegó a la de la razón, le casé con mi hija Isabela, cre-

yendo que así todo sería concordia y paz, mas ¡ay! me engañaba. En torno al rey se formó una camarilla de privados y favoritos, que, aprovechándose de su poca edad, fueron quienes en realidad llevaron el timón del gobierno. Entre ellos uno llamado Vasco Fernández fué mi enemigo más encarnizado, pues parecíale que mi vigilancia en bien de la nación y de mi sobrino había de impedirle realizar las fechorías que se le ocurrirían... No perdonó, pues, medio de calumniarme, y dijo al rey que yo intentaba levantar un ejército contra él y quitarle el ducado de Braganza. Creyólo el rey, y sin bastar a moverle a clemencia las lágrimas y ruegos de mi hija y su esposa Isabel, me hizo desposeer de mi estado y riquezas, y encerrándome con mi esposa y mi hijito de corta edad en altísima torre, dió orden a sus verdugos de que me cortaran la cabeza. Lo supe yo una noche, e intentando huir a tan injusta y horrorosa sentencia, hice tirar las sábanas del lecho, las anudé con fuerza, me descolgué por ellas y huí al monte, seguido de mi hijo y de mi esposa la duquesa. Cuando el rey se enteró

de mi fuga, instigado como estaba por el pérfido Vasco Fernández, me persiguió con saña ; hizo que al son de las trompetas se me pregonara en todas partes por traidor ; y que se diera licencia para quitarme la vida a cualquiera que en mar o en tierra me encontrase... Y las penas con que se amenazó a quien de mí supiera sin llevarme en seguida a su presencia, al ánimo más esforzado causaban fiero espanto. Entonces, sin que nadie pudiera sospechar quién se ocultaba bajo nuestros toscos vestidos, huímos al bosque disfrazados de pastores. La duquesa, mi esposa, murió de tristeza en estas espesuras... Yo quedé con el hijo que conocéis, a quien crié como pastor y eduqué como señor, y que ahora ha huído dejándome solo, con mi dolor y con mis lágrimas.

Calló el señor duque de Coimbra. Ruy Lorenzo no osó ni aun consolarle ; tan legítimas y tan grandes le parecían sus penas.

Por el momento le distrajo de ellas el alboroto que monte abajo armaban unos pastores y unas pastoras que a la corte iban...

* * *

En tanto, en la corte, el vergonzoso don Dió-nís no salía de sus confusiones. Cuando tan propicia se mostraba doña Magdalena a protegerle, ¿no era, acaso, que le amaba? ¿No se lo demostraba así a todas horas con sus acciones y con sus palabras? Mas... la dama estaba tan alta, tan alta, y él, aun con haber subido de rabadán a dómine, quedaba todavía tan chiquito!... ¿Cómo él, que ni nombre tenía, iba a birlarle la novia a un tan alto señor como el conde de Vasconcelos, noble, mozo, discreto y heredero de cuantioso patrimonio de tierras y de bienes? Así, en estas y en otras reflexiones por el estilo, nuestro mancebo se hallaba cada vez más desorientado, y unas veces le parecía que tocaba ya con la mano su dicha, y otras, cuando iba hablar, se le hacía un nudo en la garganta y se sentía más corto y vergonzoso que nunca. Y eso que Tarso procuraba animarle a que hablara y le decía que la vergüenza era mala compañera para andar

por palacio. Y así estaban las cosas cuando doña Magdalena le mandó llamar.

Estaba la damita en su estancia, toda tapizada de raso azul, y azul era su traje, sobre el que caían los rubios tirabuzones como cascadas de fúlgido oro. Sentada en un alto sitial todo tallado estaba, con la hermosa cabeza reclinada hacia atrás y tan bella aparecía, que Mireno se detuvo en la puerta, sorprendido.

La contempló un instante... Miró hacia la mesa, en la que la damita había dispuesto papel, tintero y una pluma de ganso... Y ¡oh sorpresa!... al volver a mirar el rostro de la dama, vió que esta dormía... Dormía sí, con los ojos a medio cerrar y la mano en la mejilla. Más confuso que nunca, Mireno se atrevió a decir:

—¿Me llamábais, señora? Soy don Dionís... Vengo a daros lección...

Pero ella seguía durmiendo en la mayor paz que pueda imaginarse. El mozo la miraba sin atreverse a alejarse de allí por miedo a dejar de verla, sin osar acercarse por temor a que ella despertase de pronto... La hermosura de la damita le incitaba a dar un paso hacia de-

lante ; el temor, la vergüenza y el conocimiento de su propia humilde condición le empujaban hacia atrás...

Y al fin la vergüenza venció y el vergonzoso dió un paso hacia la puerta. Mas he aquí que cuando a ella llegaba oyó una voz suave, suave, que murmuraba :

—Don Dionís...

Creyó Mireno que la dama se despertaba y volvió a su lado. Pero no ; la damita dormía como antes. Y hablaba en sueños quizás. Porque—en sueños, sin duda—ella repitió :

—No os vayáis... Llegad hasta mí, don Dionís...

Y el mozo, con el corazón repiqueteándole de gozo, se acercó. Y ella siguió hablando, como en sueños. (Pero con el rabito del ojo miraba el efecto que sus palabras causaban al galán.)

—Don Dionís—repitió—, ya que venís a enseñarme a un tiempo a escribir y a amar... al conde de Vasconcelos, ¿queréis decirme qué es amor y qué son celos ?

Mireno la escuchaba, embelesado. Y ella seguía hablando, siempre como en sueños...

—¿Qué? ¿No os atrevéis a hablar? Vergonzoso por demás me parecéis... Pues sabed que la vergüenza está mal en palacio. Si amáis: ¿por qué no hablar? ¿Decís que hay entre vos y la que amáis cierta desigualdad? Y si amor es dios, ¿no creéis que os puede nivelar?... Bien, bien, decidme quién es la que amáis...

Y Mireno, aunque estas palabras no podían parecerle más claras, no se atrevía a contestar.

—¿Tampoco queréis responder a esto? ¿Y si respondo yo?... ¿Soy yo acaso?...

Mireno no se atrevía a hablar, aunque el alma quería salirsele por los ojos. y seguía con el oído atento, atento... Ella continuaba hablando... en sueños, claro está.

—¿El conde de Vasconcelos os da celos? ¿Os hace desesperar acaso que es mi igual y heredero del ducado de Braganza? No os importe, pues, de ello, don Dionís, que la igualdad y semejanza no está en que sea principal, o humilde y pobre el amante; sino en la conformidad del alma y la voluntad.

Días ha que os preferí al conde de Vasconcelos, don Dionís...

En aquel instante el antiguo pastorcillo ya no pudo más y lanzó un grito que despertó a doña Magdalena.

—¡Jesús! ¿quién está aquí?—exclamó, al parecer, muy asustada.

Mireno bajó la cabeza, de nuevo avergonzado, y dijo:

—Soy yo, señora, que venía a daros la lección. Y mientras vucencia despertaba, yo aguardaba escuchándola.

—¿Escuchándome? ¿Pues qué? ¿He hablado acaso?

—Sí, por cierto, y si yo me atreviera os diría que habéis hablado para darme vida...

—Pues ¿qué he dicho? Repetidlo, por favor.

—Señora, no me atrevo.

—¡Atrevéos! yo os lo mando.

El vergonzoso no tuvo más remedio que ceder.

—Señora, en vuestro sueño me habéis mostrado grande voluntad... y... no sé si atreverme a decirlo... me habéis prometido... prefe-

rirme al conde de Vasconcelos... según he creído oír...

Pero la damita entonces lanzó una rotunda carcajada.

—No creáis en sueños—dijo—don Dionís ;
¿no sabéis que los sueños sueños son?

Y el vergonzoso se volvió a quedar más avergonzado y confuso que antes.

* * *

Sucedió que los pastores que habían bajado a la villa de Avero volvieron a la montaña contando grandes cosas. No era pequeña que Mireno el pastorcillo fuera maestro de la hija mayor del duque, y que el conde de Penela estuviera sirviendo de secretario allí.

Cuando Lauro supo estas buenas noticias y al hablar con los que habían visto a su hijo tan pulido y galán al lado de las duquesitas y en medio de la corte, no cabía en sí de gozo e hizo que la mejor oveja de su hato le fuera dada al portador de aquella fausta nueva. Y desde aquel momento no dejó de acariciar cierta idea, que era la de ir, tal como se ha-

llaba disfrazado, a la corte, para vez y admirar a su hijo también. Una tarde, al fin, se decidió y rogó a Ruy Lorenzo que le acompañase.

No quería, en modo alguno, el cortesano, pero Lauro le convenció de que vestido en la rústica traza que lo estaba, y con la cara tiznada como un carbonero, nadie le reconocería. Se pusieron, pues, en camino, y otros pastores, entre los que no faltaba Melisa, la enamorada de Tarso, les acompañaron.

Una vez llegados a la villa, penetraron hasta el mismo patio del castillo del duque, donde vieron gran tropel de gente que acudía a oír un bando del rey que en aquel momento iba a echar el pregonero. Corrieron también Lauro y Ruy Lorenzo para oírlo y detrás de ellos siguieron todos los pastores y pastoras.

Redoblaron por dos veces los tambores, y después el heraldo dijo así:

«El rey, nuestro señor, Alfonso el Quinto, manda: que en todos sus estados reales, con solemnes y públicos pregones, se publique el castigo que en Lisboa

se hizo del traidor Vasco Fernández, por las traiciones que a su tío el duque don Pedro de Coimbra ha levantado, a quien da por leal vasallo y noble, el rey, y en sus estados restituye ; mandando, que en cualquier parte que exista, si es vivo, le respeten como a él mismo ; y si es muerto, su imagen, hecha al vivo, pongan sobre un caballo, y una pluma en la mano, le lleven a su corte, saliendo a recibirle los lugares ; y declara a los hijos que tuviere por herederos de su patrimonio, dando a Vasco Fernández y a sus hijos por traidores, sembrándoles sus casas de sal, como es costumbre en estos reinos desde el antiguo tiempo de los godos. Mándese pregonar esto porque venga a noticia de todos.»

Cuando el anciano Lauro—que como ya sabemos no era otro que el duque de Coimbra—oyó el bando del rey, a poco se desmaya de la mucha alegría. Las lágrimas fluyeron de sus ojos en abundancia tanta, que el duque de

Avero no pudo por menos de fijarse en él y en los que le acompañaban.

—¡ Eh, buena gente ! les gritó—¿ Por qué hacéis tantos extremos ?

Lauro, entonces, despojándose de la gorra de pelo que le cubría la blanca cabeza respetable, dijo, dirigiéndose a su primo :

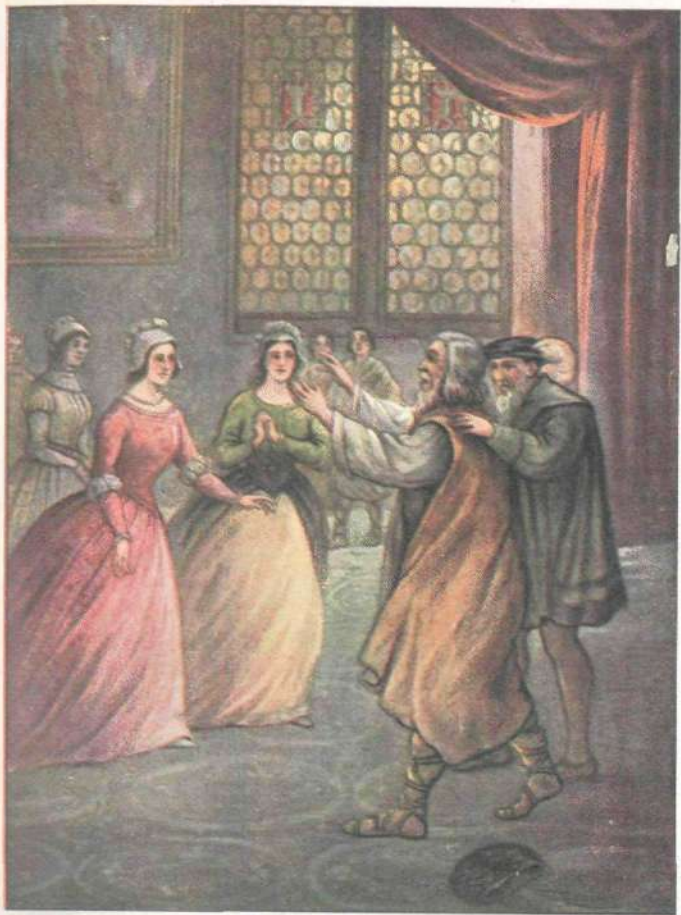
—Don Pedro soy, y de alegría lloro ; dadme esos brazos, duque ilustre.

El de Avero se arrojó en brazos del de Coimbra y los dos primos, igualmente nobles, permanecieron así largo tiempo unidos. Después el duque de Avero hizo que fueran a llamar a sus hijas para darles cuenta del feliz suceso.

Y aparecieron, más bellas que nunca lo estuvieron, doña Serafina y doña Magdalena. Doblando la rodilla, besaron la mano de su tío, y su padre, por celebrar de algún modo aquel día feliz, les dijo que pidieran una gracia, que desde luego les sería concedida.

Magdalena fué la primera en hablar.

—Señor—dijo, dirigiéndose a su tío— ; ya que el cielo os ha traído aquí, que él os dé fuerzas para convencer a mi padre de que de-



Y apareceron **UAM** llas que nunca...

be romper mi proyectada boda con el de Vasconcelos. Pues el cielo y el amor me han dado galán ya, que si es humilde y pobre, es también en extremo gallardo, amable, mozo y discreto...

El duque de Avero, que no esperaba aquello, exclamó furioso:

—¡Deslenguada! ¿qué dices? ¿Quién es ese galán de quien nos hablas?

La damita hizo una graciosa reverencia...

—Es el maestro que me dísteis, padre y señor.

Entonces la ira del duque no reconoció límite.

—¡Cómo!—exclamó—¿Por un hombre tan bajo desprecias al conde de Vasconcelos, uno de los más ilustres nombres de Portugal?

Pero don Pedro de Coimbra le interrumpía ya.

—Primo mío, sabed que ese maestro a quien tanto despreciais es digno de vos y de vuestra hija Magdalena, pues es Mireno, mi hijo único y mi único heredero. Y pues él ha querido llamarse don Dionís, que es nombre ilustre, don Dionís desde hoy se llamará.

Los dos duques con esto volvieron a abrazarse ; y doña Magdalena, que tan desinteresadamente diera su amor al maestrillo, a quien ella misma llamaba Vergonzoso en Palacio, al ver que éste era tan rico y noble como ella misma, no cabía en sí de alegría.

Y salió en esto el mismísimo Mireno, quien al ver allí a su padre con la tosca pelliza de pastor y mano a mano con el duque y sus hijas, no sabía qué creer ni qué pensar. Y como era ante todo buen hijo, se arrojó en brazos de su padre y le besó muy tiernamente. Y al saber que él no era Mireno, sino don Dionís, que su padre era duque, y que pronto iba a celebrarse su boda con la traviesa doña Magdalena, en poco estuvo que no se pusiera a bailar allí mismo de contento.

Cuando llegó el turno de pedir a doña Serafina, sin duda por no ser menos que su hermana, pidió casarse con el secretario. Y como éste resultó ser don Antonio de Penela, primo hermano del rey, también quedaron todos muy contentos.

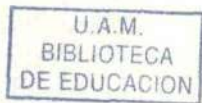
Y he aquí que así el conde de Estremoz se quedaba sin novia. Ello le hizo recordar, sin

duda, que su deber era casarse con Leonela, la hermana de Ruy Lorenzo, a quien de ello había dado su palabra. Así lo declaró públicamente.

Y en aquel momento un tiznado pastor que hasta entonces había permanecido algo alejado, fué a arrojarse a sus pies. Todos reconocieron en él a Ruy Lorenzo, y pues ya todo se había arreglado, el duque le perdonó su mal intento, no llevado a término, y le devolvió a su antigua condición de secretario.

Cuatro bodas se celebraron en palacio ocho días después, ya que se unieron Magdalena y Serafina con don Dionís de Coimbra y don Antonio de Penela; Leonela con el conde de Estremoz, y Tarso, el escudero, con Melisa la pastora.

Y todos fueron muy dichosos. Y la farsa del Vergonzoso en Palacio acaba aquí.



DON GIL DE LAS CALZAS VERDES

I

EN la ciudad de Valladolid, que el Pisuer-
ga baña, y hace ya cerca de trescientos
años, vivía, en unión de su padre y un
fiel criado, una damita bella cual la misma
hermosura y gentil como la misma gentileza,
más viva que una ardilla y más lista e inge-
niosa que el mismísimo Cardona.

Llamábase doña Juana, y era por muchos
galanes admirada y requerida, pero ninguno
la pedía en matrimonio, porque, si bien doña
Juana no tenía igual en cuanto a hermosura,
donaire y virtud, su fortuna era escasa, y era
un tiempo aquel en que mandaban, sobre to-
das las cosas, los doblones.

Sucedió que un día de primavera, en oca-
sión de una gran fiesta campestre de las que
por aquel entonces se estilaban, salió doña
Juana en su coche, tan bella como nunca la

vieran los vallisoletanos. La calesa en que iba llevaba tras sí nube de rondadores y atraía las miradas de todo el que pasaba. Y ella, altiva como una reina, no fijaba su atención en ninguno...

Mas, al mediar la tarde, cuando la fiesta estaba en su apogeo, dió en rondar a Juana don Martín de Guzmán, el caballero más galán que imaginarse pueda. Y la doncella, a quien llamó la atención el caracolear del caballo y la apostura del caballero, dejó en parte su esquivez y empezó a sentirse inclinada hacia el galán...

Llegó la noche, y al regresar doña Juana a la ciudad llevaba a la portezuela de su calesa una gentil escolta : don Martín, haciendo mil giros y piruetas en su jaquilla torda.

Pasó aquel día y la damita no cesó un momento de recibir los homenajes del galán ; ya eran cartas y poesías en que él pintaba con los más vivos colores su amor y celebraba la hermosura de su dama ; ya músicas dulcísimas que en la noche se oían en que también amor y hermosura figuraban ; ya flores y joyas y regalos de loable gusto y sin igual valía. Y

ante tanto rendimiento y tanto amor, doña Juana entregó al mancebo su corazón y su hasta entonces esquiva voluntad. Don Martín de Guzmán, cada día más enamorado, pensó en hacer su esposa a la doncella ; mas sucedió...

Sucedió que el padre del galán caballero, anciano muy rico y poderoso, a quien por el nombre de don Andrés de Guzmán conocían, tenía, desde la más tierna infancia de su hijo, concertada la boda de éste con la hija de un su amigo de la Corte, hombre opulento, que había de dotar a su Inés, que así se llamaba la doncella, en más de setenta mil ducados de oro contantes y sonantes. Y al saber el viejo don Andrés los amores de su hijo con Juana, cogió, como suele decirse, el cielo con las manos e hizo que inmediatamente se rompiera la concertada boda. E intentando borrar del ánimo de don Martín el recuerdo de su adorada Juana, consiguió convencerlo de que sólo debía tomar esposa que por su caudal a su altura estuviera. Y logró decidirle a que fuera a la Corte para pedir la mano de la rica Inés.

Mas como ya sabemos, doña Juana, la bella dama de Valladolid, tenía tanto de traviesa e

ingeniosa cuanto de hermosa y solicitada. No bien se enteró del motivo que impulsaba a su amado a romper con ella, puso el grito en el cielo, clamó y juró venganza, y aseguró por su honor y su virtud que si la boda con la rica de la Corte se efectuaba, don Pedro, don Martín y doña Inés se acordarían de ella. Entonces el viejo avaro tuvo miedo de que se deshiciera lo que él tan bien tramado consideraba, y aconsejó a su hijo que en vez de presentarse en los madriles con su propio nombre—que con exceso corría unido al de doña Juana—lo hiciera fingiéndose un don Gil de Albornoz, rico y libre de todo amor y de toda aventura. Y para mejor facilitar el bien urdido engaño, escribió, de su puño y letra, la siguiente carta :

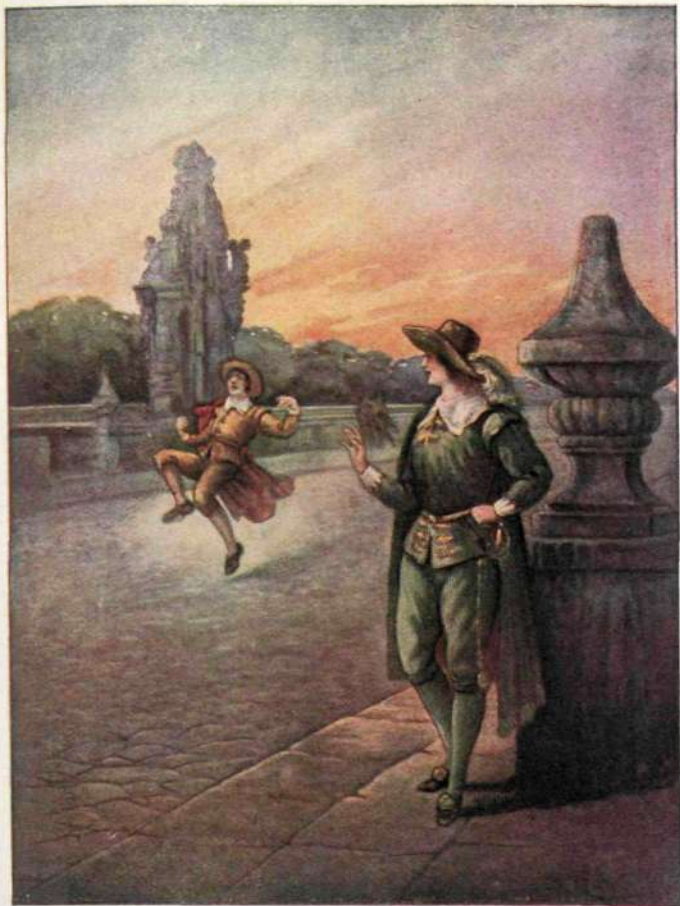
...«Así, mi amigo y señor, habéis de saber como mi hijo don Martín, que si fuera tan cuerdo como mozo hiciera dichosa mi vejez trocando nuestra amistad en parentesco, ha dado palabra a una dama de esta ciudad, noble y hermosa, pero pobre; ya véis lo que sentiría perder nuestro parentesco, vuestra nobleza y vuestro mayorazgo, al perder prenda

como mi señora doña Inés... Mas ya que mi suerte estorba tal ventura, tenedla por muy grande que don Gil de Albornoz (portador de esta carta) esté en estado de casarse y deseoso de hacerlo con vuestra hija. Su sangre, discreción, edad y mayorazgo (pues heredará brevemente unos diez mil ducados de renta) pueden hacer que os felicitéis de que sea él vuestro yerno, y no mi hijo. La merced que hagáis a don Gil será por mí agradecida como si la hiciérais a don Martín. Sabéis que deseo que el cielo aumente vuestra salud, etc., Valladolid y Julio.

Don Andrés de Guzmán.»

Portador de esta carta salió don Martín—fingiéndose don Gil—camino de la Corte.

Trás él salió otro don Gil no menos gentil y galán, si bien más menudo y delicado: era la traviesa doña Juana, que, enterada por su fiel criado Quintana, de lo que habían urdido padre e hijo contra su amor, iba a la Corte, disfrazada de hombre, para mejor luchar, dispuesta a defenderlo. Y aquí empieza la historia.



...un mozo de la **UAM** catadura...



Verdes eran las calzas, verde el jubón y verde la pluma que, graciosamente, caía sobre su hombro... Don Gil de las calzas verdes le llamaron, y al llegar a la Corte, atrajo la atención de todos por su apostura y su altivo talante. Ni un pelo de barba en el rostro tenía y, sin embargo, todas las mocicas le dirigían sus más tiernas miradas...

Pero a nuestro don Gil—que no era otra persona que quien en Valladolid se llamó doña Juana—sólo le preocupó, desde el momento en que pisó los Madriles, el encontrar un criado que de don Martín no fuera conocido. A su fiel Quintana sólo de tarde en tarde le veía para saber por él noticias de su padre. Pero no le convenía tenerlo a su lado, porque nadie sospechara que él no era *él*, sino *ella*, realmente. Y era el caso que le hacía falta un escudero.

Junto al Manzanares se hallaba cavilando estas cosas, cuando vió que por el puente venía un mozo de la más rara catadura que ima-

ginarse pueda. Venía dando tumbos y haciendo cabriolas, a un tiempo tan contento y tan desesperado, que el falso don Gil no pudo menos de echarse a reir y pensó que de buena gana tomaría por criado a aquel perillán tan divertido.

—¿Buscas amo?—le dijo.

—Amo busco—respondió el mozo—, pero ya desespero de encontrarlo, que si amos se volvieran las moscas y mosquitos, si amos se pregonaran a voces por las calles, si de amos, en fin, la Corte estuviera empedrada, yo estoy seguro de que para mí no quedaría uno ; tan desdichado soy al buscar amo.

—¿Pues tantos has tenido?

—Tantos, que ya pierdo la cuenta. Un médico, un abogado, un escribano y un bravo capitán : todos me dieron lo mismo : mucho palo y poca pitanza ; ¿ cómo queréis que vaya alegre a buscar amo ? De todos modos, si supiérais alguno...

—Uno sé, y soy yo mismo—dijo el falso don Gil—. Desde ahora quedas a mi servicio.

Y el mozo se echó a reir, entre dudoso y divertido.

—¡Esta sí que es buena!—dijo—¿Dónde se ha visto paje con lacayo?

—No soy paje—contestó doña Juana ofendida—, sino caballero muy principal y capaz de darte un salario como nunca has tenido. Pues has de saber que si estoy sin criado es porque el mío se ha quedado enfermo en Valladolid. ¿Cómo te llamas?

—Caramanchel, señor.

—¡Extraño nombre!

—¿Y el vuestro es?...

—Yo me llamo don Gil.

—Don Gil... ¿y nada más?

—El de las calzas verdes, si te gusta. Si no, don Gil a secas.

—¡Don Gilito! Está bien.

Y desde aquel momento tal amo y tal criado fueron los mejores amigos. Desde aquel momento también, los dos se dedicaron a buscar a la rica doña Inés, y al otro falso don Gil, que, como sabemos, no era otro que el caballero don Martín de Guzmán.

En tanto, el señor opulento, padre de doña Inés, había recibido la carta de su amigo, y muy gozoso ante las buenas prendas con que

a don Gil en ella se pintaba, no cesaba de predicar a su hija que no debía dar mano de esposa sino a aquel famosísimo don Gil. Hay que advertir que la rica doncella era un tantico pizpireta, presuntuosa y remilgada, como por aquel entonces en la Corte solían serlo todas, y el nombre del galán que su padre le brindaba no le hacía mucha gracia por parecerle nombre ordinario, como de pastor... Y además—hay que decirlo todo—porque tras doña Inés andaba siempre cierto galán pulido, melifluo y cortesano, llamado, justamente, don Juan...

Sucedió que una tarde salieron a pasear por el Prado doña Inés y otra damita amiga suya llamada doña Clara, que en belleza y donaire no tenía por qué envidiarle nada. Iban acompañadas de dos dueñas ancianas como era costumbre de entonces que las damas recatadas fueran, y las seguía un lucido cortejo de músicos cantando y tocando cítaras y laúdes. No hay para qué decir que al lado de las damas no faltaba don Juan.

También se hallaban en el Prado Juana—el falso don Gil—y el buen Caramanchel. Jua-

na, que ya había logrado saber que era aquella su rival, juzgó la ocasión propicia cual ninguna para acercarse a ella y empezar a realizar su plan, y así, barriendo el suelo con la pluma de su verde sombrero y haciendo al mismo tiempo profunda reverencia, dirigió así la palabra a las damas, a la usanza cortesana de entonces :

—Beso a vuestras mercedes las manos y les pido licencia, pues que soy forastero, para gozar de esa música y recreo cumplido.

—No fuera del todo cumplido, caballero, si en él faltárais vos—replicó doña Clara, a quien el verde galán había herido ya de amor.

—Pues se llama a sí mismo forastero, ¿podremos saber de dónde es vuesamerced?—preguntó doña Inés, también inclinada hacia el gentil galán.

—Nací en Valladolid, señoras mías—replicó el falso doncel. Y otra vez se dobló en profunda reverencia y la pluma del sombrero volvió a barrer el suelo.

—Don Juan, ponéos al otro lado, que me interesa hablar con este caballero—ordenó doña Inés.

Y a don Juan se le alargó un palmo la cara, y doña Clara torció el gesto también.

—Ya que vuesarcé es de Valladolid—decía al verde galancito doña Inés, pensando en lo que su padre aquella mañana le anunciara—, conocerá de fijo a un tal don Gil de allá, que en estos días también ha venido a Madrid.

—Don Gil... ¿y que más?—preguntó el galancito.

—Don Gil... y no sé más—contestó doña Inés.—Pero ¿es que puede haber en el mundo más de un Gil?

—¿Qué? ¿no os gusta ese nombre?

—Es tan feo y tan zafio, que por nada del mundo querría casarme con uno que así se llamase—dijo la damita haciendo un remilgo—. Es nombre de pastor, nombre de zagal, nombre de...

Y mientras Caramanchel no podía contener la risa, doña Juana dijo inclinándose de nuevo hasta el suelo:

—Es mi nombre, señora... mas si os desagrada, me lo cambiaré.

—¿Vos sois don Gil?

—Don Gil soy...

—Don Gil... ¿qué más?

—Don Gil de las calzas verdes, y vuestro servidor.

—¿Y en Valladolid nacisteis?

—Nací y me crié en Valladolid.

—¿Y de Valladolid venís?

—Para venir a Madrid de allí salí...

Con estas respuestas, que tan bien se acomodaban a sus intencionadas preguntas, la rica doña Inés adquirió la certeza de que aquel don Gilito, tan blanco y delicado, cuya sola vista tan pronto el alma le rendía, no podía ser otro que el don Gil de Valladolid que su padre le anunciara como futuro esposo. Y pensando ésto estaba que no cabía en sí de gozosa y satisfecha...

En cambio, don Juan, viendo que su adorada no cesaba de hablar con el recién llegado, se moría de celos y de ira, y doña Clara, viendo que el forastero sólo palabras para doña Inés tenía, se mostraba también rabiosa y despechada.

Mas a todo esto la música puso remedio. Sonaron los acordes de cítaras y laúdes, las parejas se enlazaron y mientras damas y gala-

nes danzaban, los cantores entonaron la canción que aquí sigue :

«Al molino del Amor
Alegre la niña va,
A moler sus esperanzas :
Quiera Dios que vuelva en paz.
En la rueda de los celos
El Amor muele su pan,
Rios son sus pensamientos
Que unos vienen y otros van,
Y apenas llega a su orilla
Cuando así escucha cantar :
Borbollicos hacen las aguas,
Cuando ven a mi bien pasar,
Cantan, brincan, bullen, corren
Entre conchas de coral :
Los pájaros dejan sus nidos
Y en las ramas del arrayán
Vuelan, cruzan, saltan, pican,
Toronjil, murta y azahar,
Los bueyes de las sospechas
El río agotando van,
Y viendo que a falta de agua
Parado el molino está,

De esta suerte le pregunta
La niña que empieza a amar :
Molinico ¿por qué no mueles ?
Porque me beben el agua los bueyes.
Vió al Amor lleno de harina,
Moliendo la libertad
De las almas que atormenta,
Y así le cantó al llegar :
Molinero sois Amor y sois moledor.
Si lo soy, apártate, que te enharinaré.

Entre danzas y canciones se disiparon despechos y celos y las damas y los galanes pasaron muy alegremente la tarde. Cuando ésta ya caía, don Gil, o sea doña Juana, se alejó, seguido de Caramanchel, de las damas.

Cuando doña Inés regresó a su casa se arrojó en brazos de su padre, gozosa.

—¡ Nunca me casaré con otro hombre que con don Gil, padre mío ! Teníais razón : no hay hombre como él en el mundo...

—Me das una gran alegría, hija mía—contestó el anciano—. Tanto más, cuanto que don Gil ha llegado y aquí le tenemos.

Y abriendo una puerta hizo salir a don Mar-

tín que se le había presentado una hora antes, con el nombre de don Gil de Albornoz, como ya sabemos.

Verle doña Inés y ponerse hecha una furia fué la misma cosa.

—¡Este no es mi don Gil, padre!—gritaba—. Este lleva barbas y aquel tiene el rostro cual la misma seda... Este viste ropilla obscura y aquel luce calzas y jubón de un verde tan suave, que da gusto verle. ¡Este no es mi don Gil! ¡Yo sólo me casaré con mi Gil, mi Gilito de las calzas verdes!

Y así gritando, fué a encerrarse en su cuarto con tres vueltas de llave. Don Martín y don Pedro creyeron que acaso tenía un ataque de nervios.

Y se separaron, tan mohino el uno como el otro.

II

El plan de doña Juana se iba desarrollando así. Y he aquí que llegó un momento en que de tal modo se enredó la madeja, que el desenredarla parecía imposible... Doña Inés, ca-



—¡Este no es mi hijo Gil, padre!...

da vez más entusiasmada por el desconocido galán del traje verde, no cesaba de buscarle, preguntando por él a pajes, criados y escuderos, sin que ni unos ni otros pudieran darle razón alguna de él. Don Martín, que también, como sabemos, fingía ser don Gil, buscaba asimismo en vano a aquel verde don Gil, que a conquistar el corazón de la rica heredera se le había adelantado. Don Juan, el rendido, antiguo galán de doña Inés, indagaba también el paradero del famoso don Gil para pedirle estrecha cuenta de la villana acción con que le había robado el cariño de su dama... Y por último, doña Clara también se ocupaba en la grata y azarosa tarea de buscar a don Gil. Y no eran éstos sólo. Caramanchel, el donoso y burlón Caramanchel, buscaba por los Madriles a don Gil, casi convencido de que el mismísimo diablo se había llevado por los aires a su último amo. Y don Gil, entretanto...

Don Gil, entretanto, se había despojado de sus famosas calzas verdes, y recobrado su vestido y figura de mujer. Y en unión de Quintana, el viejo escudero fiel que la cuidaba desde niña, había alquilado una casita, pared por

medio de la de doña Inés, y allí seguía punto por punto su bien trazado plan.

Cuando una tarde, asomada la rica doña Inés a su balcón, vió en el balcón vecino a aquella dama que como una gota de agua a otra gota de agua se parecía al buscado don Gil, el corazón le dió un violento brinco y por recordar mejor al perdido galán entabló conversación con la doncella y le brindó, generosa, su mejor amistad. Y doña Juana dijo llamarse doña Elvira y ser natural de Burgos. Y por mejor corresponder al favor de su vecina, la invitó a que fuera a visitarla.

Doña Inés no se cansaba de contemplar a doña Juana; tanto parecido le encontraba— ¡naturalmente!—con su verde don Gil. Y no cesaba de prodigarle los requiebros más lindos ni de expresarle la más extremada admiración.

—Mucho me place, Inés amiga—le contestaba la ladina doña Juana—, que me halléis tan bella cual decís, mas yo creo que no debo serlo tanto cuando aquel a quien yo amaba me abandonó cruelmente.

—¿Qué os abandonó vuestro amor, me de-

cís, doña Elvira? ¿Cómo pudo eso ser? Contadme, contadme vuestras cuitas, que si me es dado consolaros, en ello tendré, Elvira amiga, el mayor placer.

La falsa doña Elvira, esto es, la traviesa doña Juana, pensó un momento las patrañas que en aquel momento le convenía endilgar a su rival, la rica doña Inés, y al fin, empezó a hablar así:

—Habéis de saber, Inés amiga, que mi cuna fué Burgos como ya ayer os dije, y que mi padre fué D. Rodrigo de Cisneros, gentilhombre noble y caballero si los hay, mas de escasa fortuna. Quiso mi mala suerte que siendo casi una niña me prendara de un don Miguel de Ribera que en principio me amó dándome palabra de ser mi esposo en cuanto su padre, viejo avaro, orgulloso y cruel, cediera a ello. Mas fueran los empeños de su padre o su propio desamor y escasa voluntad, cuando yo menos lo pensaba, me abandonó y huyó a Valladolid. Allí fué a casa de un su primo llamado don Gil de Albornoz y cual hombre alguno gentil, caballero y galán. Este don Gil tenía a su vez un amigo llamado don Martín, a

quien su padre quería casar con una doña Inés, riquísima heredera de Madrid... Pero don Martín había dado su palabra de esposo a una doña Juana de Valladolid, y su anciano padre, que tenía el compromiso de dar marido digno de ella a doña Inés, traspasó la suerte de su hijo a don Gil. Pues suerte era y no poca casarse con doña Inés, la doncella más linda, más discreta y más rica de todo Madrid... Envidioso D. Miguel, mi enamorado, de la suerte de su amigo don Gil, cometió la villana acción de robarle las cartas que para el padre de doña Inés llevaba y adelantarse él al viaje del otro, presentándose en casa de la hermosa y haciéndose pasar por don Gil de Albornoz. El verdadero don Gil, que es por más señas el que viste ropilla y calzas verdes, voló desesperado tras su traidor amigo; yo volé también tras el amante ingrato, y yendo los dos tras de la misma presa, nos encontramos en el camino de Madrid. Las mismas eran nuestras quejas, nuestras penas las mismas, y esto ha debido dar lugar a que nuestros rostros se asemejen también, ya que, según el decir de las gentes, parecemos hermanos. Mas hemos ju-

rado que si no se nos devuelven nuestras prendas amadas, si él no se une a doña Inés, y yo esposa de don Miguel no soy, seremos más que hermanos, pues Gil y Elvira, él y yo, nos casaremos en gran brevedad.

Doña Inés, que escuchaba boquiabierta la extraña relación de doña Elvira, al llegar a este punto, ya no pudo resistir su emoción por más tiempo y se arrojó en los brazos de su amiga, llorando acongojada.

—¡Ay, Elvira amiga!—suspiraba—¡Cuán desdichada soy! Pues esa doña Inés de quien habláis soy yo misma y mi padre es el anciano amigo del padre de don Martín, y ese don Gil de las verdes calzas el galán por quien muero, y ese don Miguel traicionero el falso don Gil con quien mi padre, engañado cual yo, me quiere casar. Y ahora, por más desdicha, me amenaza vuestra belleza con robarme mi Gil.

—No lo haré si vos dejáis a mi Miguel. Si vos despreciáis a este, yo a vuestro don Gil os devolveré.

—¡Oh! si así lo hacéis, seré vuestra esclava, doña Elvira, que este amor mi tormento ha de ser...

Y las dos nuevas amigas siguieron contándose sus cuitas, engañadoras las de una, aunque fundadas en causas verdaderas ; las de la otra, aunque fundadas en causas falsas, creídas verdaderas por ella...

En tanto, don Martín estaba desesperado al ver que la rica y bella doña Inés nada quería con él, sino por el contrario, sólo pensaba en aquel famoso y bello don Gilito que de modo tan extraño se le había adelantado. El anciano padre de la doncella persistía, en cambio, en el propósito de que con ella le había de casar, pues no eran de desperdiciar las muchas prendas del mozo que su amigo don Andrés de Guzmán le había en su carta ponderado tanto. Y entre el padre que le quería y la doncella que le rechazaba y don Juan que le amenazaba de muerte y las travesuras del otro don Gilito que le perseguía y el recuerdo del amor de doña Juana que le atormentaba, el pobre don Martín—y la verdad es que se lo tenía bien merecido—no podía vivir.

En éstas estaba, cuando una tarde en que, mohino y cabizbajo, a casa de doña Inés se dirigía, vió que a buen paso hacia él se adelan-

taba Osorio, el más fiel criado de casa de su padre.

—¡Albricias, amo mío!—le gritó—. Aquí os traigo noticias... y algo más.

—Dinero a la vista, y a fe que me hace falta—contestó algo más contento don Martín.

Y abriendo la carta pudo leer en ella lo que sigue :

«Hijo : cuidadoso estaré hasta saber el fin de vuestra pretensión, cuyos principios me parece que prometen buen término. Porque os ayuden en algo a conseguirlo te remito esa libranza de mil escudos y esa carta para Agustín Solier, que sabes es mi corresponsal. Digo en ella, por mejor proseguir nuestro asunto, que son para don Gil de Albornoz, deudo mío ; no vayas tú, pues, a cobrarlos, sino manda al fiel Osorio diciendo que es criado de don Gil. Has de saber que doña Juana de Solís falta de su casa desde el día mismo que partiste ; allí todos están confusos, y yo no lo estoy menos, temiendo que te haya seguido y trate de impedir lo que tanto nos importa, o sea tu boda con Inés. Apresura, pues, ésta,



ayudado con el dinero que mando, y cuando estés casado, avísame para que corra a vuestro lado y desenrede esta rara maraña. Dios te guarde, como deseo. Valladolid y agosto.

Tu padre :

Don Andrés de Guzmán.»

No quedó poco confuso don Martín al leer esta carta, pues si bien el recibir el dinero le alegraba, la noticia de la desaparición de Juana le inquietaba más de lo que hubiera querido. Mas he aquí que no tuvo mucho tiempo para hacer cábalas ni reflexiones porque, en aquel momento, se cruzó en su camino Aguilar, el criado de don Pedro.

— ¿Sois don Gil de Albornoz? — le preguntó.

Don Gil soy : ¿me buscábais? — contestó don Martín.

—Sí. Don Pedro me envía. Pues dice que quiere terminar con tantos dimes y diretes y celebrar hoy mismo vuestros desposorios con mi ama, Inés bella...

Ante estas palabras don Martín olvidó su anterior pesar y se puso muy contento.

—Albricias quiero darte—dijo alegremente al mensajero— ; toma esta cadena de oro, cuyo valor quisiera que fuese un Potosí por dártela también.

Y en el apresuramiento de meterse la mano en el bolsillo por sacar la cadena, dejó caer las cartas y libranza de su padre. Después echó a correr tras Aguilar.

* * *

Un momento después, don Gil de las calzas verdes—doña Juana—, yendo también a casa de doña Inés, pasaba a su vez por allí. Caramanchel le acababa de encontrar y con sus chistes y ocurrencias no le dejaba siquiera meter baza en la conversación.

--Habéis de saber, mi señor don Gil, que en estos días he cansado a un pregonero voceando por vos : «¡ El que hubiere encontrado a un don Gil de verdes calzas que hace tres días se perdió, debe decirlo y le darán su hallarzo !» Y claro está que nadie lo encontró... También he dado un real de misas por las Animas, y dos a San Antonio, abogado de las

cosas que se pierden... Mas voy creyendo que sois duende o trasgo, y como de cosas de hechicería yo no gusto, dadme la soldada y me voy...

—¿Quieres callar, charlatán del diablo?— dijo doña Juana—. Pues ya me has encontrado, déjate de lamentaciones inútiles, y vé a llevarme un papel...

—¿Un papel? Si este os sirve—dijo el gracioso Caramanchel, bajándose a recoger unas cartas que en el suelo había y que no eran otras que las que se le cayeran, un instante antes, a don Martín—. Y por cierto que a vos va dirigido—añadió alargándolo a su amo.

—¿A mí, Caramanchel?

—En el sobre dice bien claro: «A don Gil de Albornoz.»

Con movimiento vivo arrancó Juana las cartas de manos del criado. Eran tres como sabemos. Una, la que con don Martín hemos leído, otra para Solier, el rico mercader que debía aflojar los mil escudos, y otra, en fin, para el padre de Inés, incitándole a que la boda se celebrara en aquel día mismo. No hay para qué decir que estas cartas le servían a doña Juana a

las mil maravillas para realizar por completo su plan. Corrió a casa del mercader y en nombre de don Gil de Albornoz cobró los mil escudos ; y después...

En tanto, doña Inés reñía la centésima batalla con su padre a causa de los dos don Giles consabidos.

—Te digo que te engañas—le decía a su padre—, que ese don Gil que me ofreces ni es don Gil, ni nació en Valladolid ; que se llama don Miguel de Cisneros, nació en Burgos, y palabra de matrimonio a una bella doña Elvira ha dado...

—Pues, ¿ cómo se comprende que haya traído cartas de don Andrés de Guzmán, mi caro amigo?—argüía don Pedro ya convencido a medias.

—Doña Elvira, que es buena amiga mía, me lo ha explicado bien. Don Miguel hurtó esas cartas al real y verdadero don Gil, que no es otro que el galán de las verdes calzas a quien en el Prado conocí. Y las hurtó porque conocía bien tu caudal, que es lo mismo que mi dote, y así por ambición me busca, que no por amor.

Mas si ese don Gil verde del diablo fuera, como tú dices, el verdadero don Gil de Albornoz: ¿no le vería yo?

—A verle vais, pues que está aquí...

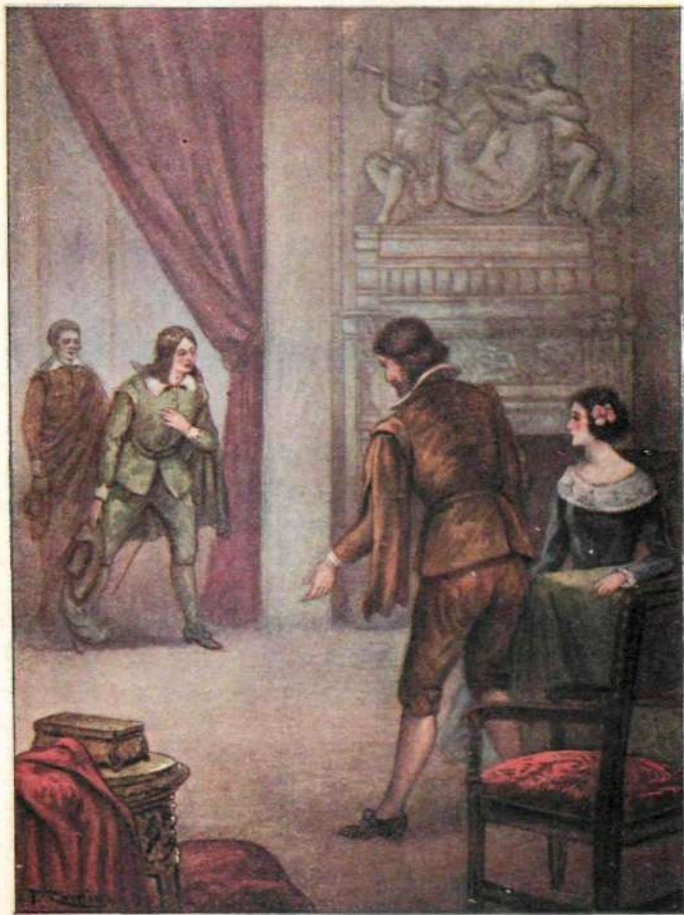
Y en efecto, en aquel mismo instante el mismísimo don Gil de las calzas verdes—o sea doña Juana—aparecía en la estancia seguido de su fiel Caramanchel.

Se inclinó en profunda reverencia, barrió el suelo con la verde pluma, y se adelantó hacia don Pedro llevando en la mano las famosas cartas dirigidas a don Gil de Albornoz.

—Pues mi dicha quiere que pueda probaros quién soy, tomad. Leed, señor.

Al leer aquellas cartas en que se le decía que casase en aquel mismo día a su hija Inés con el portador de ellas, don Gil de Albornoz, don Pedro dió por cierto cuanto su hija le había dicho antes. Se deshizo en excusas con el galán del verde traje, le prometió que aquella misma noche se celebrarían los deseados esponsales y estalló en improperios, insultos y denuestos contra el otro don Gil, el falso engañador.

Y el don Gilito verde—la traviesa y enre-



...barrió el su **U** **A** **N** **A** verde pluma...

dadora doña Juana—se separó muy contento del padre y de la hija y partió presuroso a comprar, con el dinero que Solier le diera, las joyas de la novia.

Cuando don Martín se dió cuenta de que había perdido las cartas de su padre, volvió presuroso al lugar donde creía poder hallarlas, dió mil vueltas y revueltas, inquirió, rebuscó... Todo inútil. Mas como en esto perdió tanto y tanto tiempo, el otro don Gil, que tampoco era don Gil, pudo birlarle la novia y aun la voluntad del padre de la novia.

Cuando entró, pues, don Martín, en casa del opulento don Pedro, este le recibió en la actitud más hosca que pueda imaginarse.

—Mi señor don Miguel—le dijo muy furioso—, ¿es digno de un caballero que se tiene por tal engañar con disfraz de embustero? ¿Créis que no sabemos que es falso ese nombre de don Gil con que a un vuestro amigo habéis tratado de suplantar? ¿Os parece leal querer birlarle cartas, honores, nombre y dama? Si nacisteis en Burgos, ¿a qué fingiros de Valladolid?

Don Martín, que no entendía una sola pala-

bra de toda aquella jerga, miró a doña Inés como pidiendo auxilio.

—Y si tenéis dada palabra a doña Elvira—añadió la doncella—¿por qué a mí me venís a hablar de rendido amor?

Don Martín quiso pronunciar unas palabras de disculpa.

—Habéis de saber, caballerito, que son inútiles más farsas y embelecos, porque nos ha enterado de todo el verdadero don Gil.

—¡Don Gil! ¿Cuál don Gil?—preguntó el mozo en el colmo del asombro.

—¿Cuál ha de ser? ¡El de las calzas verdes!—exclamaron a una padre e hija.

Y pusieron en la puerta al galán.

Cuando cabizbajo y mohino salía don Martín de casa de don Pedro, Osorio, su criado, a quien había enviado a Solier para que éste no pagara a nadie la libranza extraviada, se acercó a él, también mohino y cabizbajo: ¡hacía apenas media hora que el mercader había hecho efectiva la libranza a cierto lampiño don Gil de verdes calzas...!

III

Y la traviesa doña Juana proseguía su venganza.

Quintana, el fiel criado viejo que tan discretamente la ayudaba en su plan, se presentó al día siguiente, muy contrito, en casa del atribulado don Martín.

—Mi señora, doña Juana Solís, ha muerto —le dijo con compungida voz—. No ha podido resistir vuestro abandono y hace ocho días que entregó su alma a Dios. Y aún no es esto lo más grave—continuó, al ver que el galán se estremecía—, sino que desde entonces no cesa de aparecer a cuantos os conocieron y la conocieron en vida. La aparición, que es su alma en pena, ¡claro está!, tiene la forma de un doncel todo vestido de verde y que dice llamarse don Gil de Albornoz... Habiendo sido vos la causa de la muerte de mi señora doña Juana Solís, todos creemos que vuestras oraciones serán las que mejor podrán darle la paz...

Y esto diciendo, y después de saludar a don

Martín, que ni le veía, tan turbado se hallaba, Quintana desapareció.

No hay para qué decir que todo esto era pura invención de doña Juana, pero sí conviene saber que don Martín no dudó un momento siquiera que aquellas patrañas fueran la mismísima verdad. Así se explicaba, a su modo de entender, en el que entraba no poca parte de remordimiento de conciencia, que aquel don Gil verde le persiguiera como una pesadilla, usurpándole el usurpado nombre, birlándole la novia, quitándole las cartas, cobrándole el dinero... Y arrepentido ya de su deslealtad con la hermosa de Valladolid, a la que lloraba muy sinceramente, no dejaba de tener por muy justa su tremenda venganza.

Pero los enredos de la traviesa doña Juana no paraban aquí... Mientras don Martín no cesaba de hacer que se dijeran misas por su alma, de rezarle oraciones, y recurrir a exorcismos, ella escribía a don Diego Solís, su propio padre, participándole cómo, apuñalada en Alcorcón por don Martín, que ahora se hacía llamar don Gil el verde, se hallaba próxima a morir... Esta noticia era para obligar a su pa-

dre a que viniera a Madrid a pedir cuentas al futuro marido de la rica doña Inés, y por lo tanto, a la carta de doña Juana, seguía otra del fiel Quintana participando a su amo cómo su bella señora había muerto. Esta, en tanto, con su verde disfraz, seguía enamorando a doña Inés, daba solemne palabra de casamiento a doña Clara, excitaba los celos del enamorado de ésta, don Antonio, y concertaba un desafío con don Juan, el amador de doña Inés; tramaba mentira tras mentira, enredo tras enredo, y asombraba, desorientaba, alarmaba y trastornaba al gracioso y bobalicón Caramanchel. Y seguía siendo, con gracia y travesura inimitables, a un mismo tiempo doña Elvira, doña Juana y don Gil.

Un día doña Inés se hallaba muy quejosa de que don Gil, el de las verdes calzas, siendo su prometido ya, no fuese a verla. Y como andaba bastante celosilla de doña Clara, y de doña Elvira mucho más, fué a casa de esta última a decirle que pues ella había abandonado por completo a don Miguel, deber de la otra era cederle por entero a don Gil. Y le hizo prometer que intercedería con el galán

para que fuese más entusiasta con su dama, y doña Elvira le juró que aquella misma noche la iría don Gilito a rondar.

Y, en efecto, aquella noche se hallaban juntas en sus balcones las dos bellas vecinas, doña Inés y doña Elvira. Esta última, o sea doña Juana, pensaba en un momento dado hacer como que la aquejaba una fuerte jaqueca, retirarse y bajar vestida de don Gil. Mas ¡oh sorpresa! cuando la astuta dama se preparaba a realizar su plan aparece en la esquina un caballero todo vestido de verde: un don Gil.

Este nuevo don Gil no era otro que don Juan, quien, deseando saber si su dama amaba realmente al verde galán, se disfrazó con su traza y color, por escuchar, de los mismos labios de ella, la dolorosa confesión. En cuanto la rica doña Inés le vió, creyendo que era aquel el don Gil por su amiga doña Elvira anunciado, le preguntó, muy tierna y dulcemente:

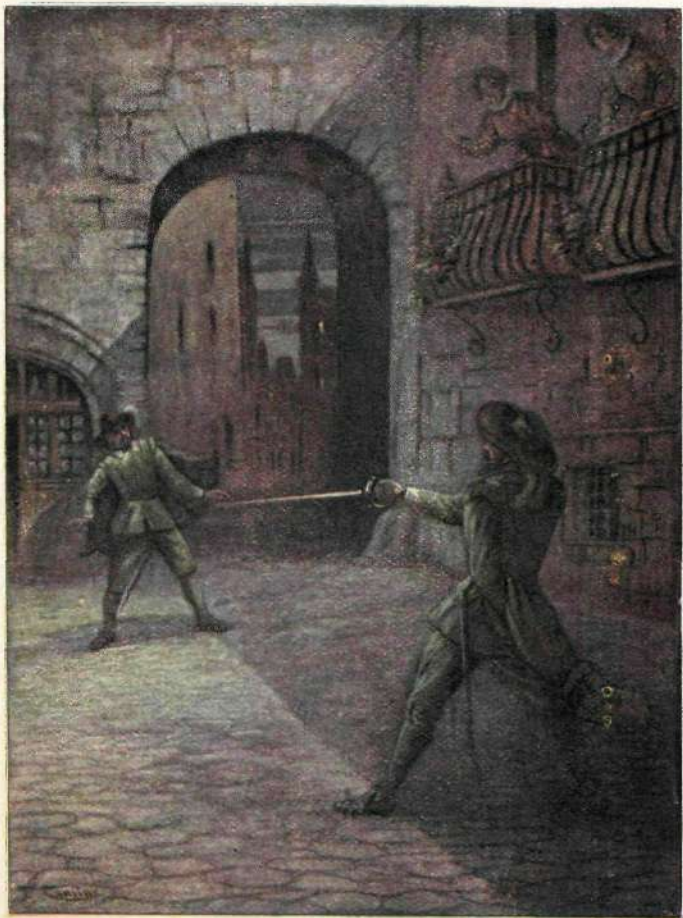
—¿Sois don Gil?

—Soy don Gil.

—¿El de las calzas verdes?

—¿No lo véis?

—¿Cómo me aman dos Giles?... Y ¿có-



mo, pues, me parece distinta vuestra voz?...

—Pues aquel a quien amáis soy yo...

—Bien decís *a quien amo*, pero no *quien me ama*, Gil gallardo y traidor...

Y he aquí que en este instante y a tiempo de oír estas palabras apareció otro don Gil todo vestido de verde bajo el balcón. Era este don Martín, quien al oír las palabras de doña Inés, pensó que aquel verde don Gil no podía ser otro que el que a pesar de misas, oraciones y exorcismos había venido desde el otro mundo para perseguirle sin cesar.

También don Juan le vió y creyó, naturalmente, que aquel verde don Gil era el galán que le había robado el corazón de Inés, la dama de su amor. Y como no quería otra cosa que deshacerse de él, a él se dirigió, con la espada desnuda:

—¡Alto ahí!—gritó—. Dejad la calle libre y desenvainad pronto la espada.

Mas don Martín, convencido de que aquel caballero no era tal, sino alma en pena, le contestó temblando:—Yo no saco el acero contra los muertos, ni peleo con almas, que gusto de luchar con cuerpos y almas juntos...

Don Juan, se irguió ofendido.

—¿Queréis decir que estoy muerto de miedo?

—Quiero decir, alma de doña Juana, que si estáis gozando de Dios, como tengo por cierto, debéis dejarme en paz. Que bastante dolor me causan los remordimientos de vuestra muerte, y misas os tengo en abundancia dichas, y oraciones rezadas, para que volváis a recobrar la paz.

—¿Qué decís? ¿Estáis loco? ¿Por qué me llamáis alma en pena?—gritaba extrañado don Juan.

Pero todo era inútil. Don Martín, con su vestido verde, había huído a pies para qué os quiero.

En tanto las dos damas del balcón, cada una por distintos motivos, estaban asombradas al ver tantos galanes verdes con los que no contaban. Y en esto doña Juana se retiró de su balcón pretextando jaqueca.

En aquel mismo instante apareció en la esquina otro don Gil de verde ropilla y verdes calzas. Y éste no era otro que doña Clara, la bella doña Clara, amiga de doña Inés, que por

cerciorarse de si su barbilindo don Gil del traje verde le era infiel, se disfrazara así.

Ver don Juan aquel otro don Gil—y ya eran tres—y mostrarse confuso y aturdido todo fué uno. Sacó, pues, la espada y se dispuso a atacar a aquel nuevo rival. Y he aquí que cuando doña Clara, más muerta que viva, se aprestaba a defenderse, apareció en la calle un cuarto don Gil de verde traje : éste era doña Juana, que con su disfraz masculino bajaba en aquel momento de su casa.

—¡Paso, caballeros!—dijo con arrogancia.

—¿Quién lo pide?—preguntaron los otros.

—¡Don Gil!—respondió ella.

—¡Dos don Giles hay ya aquí!

—(¿Cuál será el que yo adoro?)—se preguntaba Inés en el balcón.

—Pues conmigo son tres—replicó doña Juana.

—Pero vos... ¿cuál sois?

—El de las calzas verdes ; el que ama doña Inés.

—Calzas verdes son también las mías—dijo don Juan.

—Y las que llevo yo—arguyó doña Clara.

Don Juan entonces, viendo, a la luz de la luna que aquel tercer galán era en efecto su rival, sacó decidido la espada. Y doña Clara huyó despavorida.

Doña Juana se aprestaba a defenderse. Y con tan buena maña, que a los pocos instantes dejaba en el suelo tendido y al parecer mal herido, a don Juan.

Para que, don Juan, te acuerdes
De tu presunción después,
Di que te hirió, a doña Inés,
Don Gil de las calzas verdes.
Dijo. Y salió corriendo a su vez.

* * *

A la mañana siguiente, bien temprano, don Martín, que no se había quitado aún el traje verde, se disponía a ir a casa de Inés para desentrañar algo de aquellos enredos y marañas, cuando vió a un anciano que con gesto airado y seguido de dos alguaciles se dirigía hacia él. Era don Diego Solís, padre de doña Juana.

—Caballero, dad las armas—dijo a don Martín, el primer alguacil.

—¿Yo?—preguntó extrañado el doncel.

—Vos, sí.

—A la justicia y por el delito que sabéis.

—¿Ignoras acaso, mal nacido, cómo ha muerto la que tanto te amaba?—dijo entonces el buen viejo indignado.

—Sé que ha muerto—contestó atribulado don Martín—y daría mi vida porque ella recobrara la suya.

—¡Dices eso, infame asesino, después de haberla matado tu mismo!

—Nunca, creí, señor que el amor matara.

—¿Qué amor, si la mataste a puñaladas en Alcorcón?...

—¿En Alcorcón? ¿A puñaladas, decís?—
¿Quién os ha contado, señor, esa patraña?

—¡Basta de lamentaciones! Prended a ese hombre!—ordenó don Diego.

Pero antes de que los alguaciles pudieran cumplir la terminante orden, apareció en la calle otro caballero con otros dos alguaciles. Era don Juan.

—Ese es don Gil de los calzas verdes—dijo—; ese es el que anoche me hirió. ¡Prendedle al punto!

Iban a hacerlo a su vez estos segundos alguaciles, cuando se presentó un tercer caballero, acompañado no ya de alguaciles, sino de dos mancebos como él.

—Ese es el don Gil de las calzas verdes que ha dado palabra de casamiento a mi hermana Clara: agarradle y dadle una buena paliza.

—¡No, que tiene que ir a la cárcel!—decían los segundos alguaciles.

—¡No, que se le ha de dar garrote!—decían los primeros.

Mas he aquí que en aquel mismo instante llegaba a la calle una calesa de la que se apearon tres damas, bellas como tres soles, una de las cuales llevaba verde vestido masculino. Esta precisamente, que no era otra que doña Juana, como es fácil suponer, se arrojó en los brazos de don Diego, exclamando:

—¡Héme aquí, padre mío! Soy doña Juana, tu hija bien amada!...

—Pero... ¿vives?

—¡Vivo y voy a ser feliz!

—Pues ¿y esta carta?

—La escribí porque viniéseis a esta Corte, donde don Martín, vestido de don Gil, inten-

taba casarse con la rica doña Inés... Mas esto es cuento largo que contaré más tarde : básteos ahora saber que yo soy aquel don Gil célebre por sus calzas, que enamoró doncellas, provocó celos de galanes, y fué temido como alma en pena por algún valiente...

—¡Perdón, perdón, mi doña Juana amada!—exclamó don Martín—, que si pequé ya estoy bien castigado. Y ya no quiero escudos ni doblones, sino no separarme nunca más de ti.

—Pues tanto te hice sufrir, ya estás bien castigado y te perdono—dijo la traviesa doña Juana, haciendo un guiño picaresco y tendiéndole la mano.

—Yo también le perdono—dijo don Juan—, pues que, por no ser galán, sino dama, este Gilito, queda para mí, doña Inés.

—Y a mi vez no me queda más remedio que perdonarle—dijo el hermano de Clara—, pues que él no fué quién dió a mi hermana su palabra de esposo, ya que el que se la dió no es *aquel* sino *aquella*...

Y así quedaron todos contentos y la madeja desenmarañada.

No hay para qué decir que doña Clara se casó con don Antonio, doña Inés con don Juan, y doña Juana—a quien todos tuvieron que reconocer la gracia y el ingenio con que había trazado su venganza y logrado su fin—con el gentil si que mudable don Martín. Y como dicen en los cuentos para chicos :

«Fueron felices y comieron perdices.» El único que no quedó tan contento fué Caramanchel, que aún no sabe a punto cierto si sirvió a alma en pena, a hombre o a mujer.

LA PRUDENCIA EN LA MUJER

I

ÉRASE un reyecito de España que solamente contaba tres años. San Fernando fué su bisabuelo y él se llamaba Fernando también. Era don Fernando IV, hijo de don Sancho el Bravo, que acababa de morir, dejándolo por heredero del trono.

Y érase una reina — su madre — que al morir su esposo don Sancho se encontró sin más amparo que el rey niño — que hartó necesitaba del amparo de ella — teniendo que regir una nación pobre y desangrada, que luchar con los moros y que defenderse no sólo de los enemigos de fuera, sino también, y sobre todo, de los de dentro. Doña María de Molina era esta gran reina.

Porque hay que saber que el trono que ocupaban el rey niño y la reina viuda era de todos

codiciado. Los infantes don Enrique y don Juan, sobre todo, cada uno por su lado, se figuraban tener todos los derechos a la corona y todo se les iba en hacer y deshacer proyectos para cuando fueran reyes de España. Pero la reina doña María, brava y prudente cual pocas mujeres, defendía contra todos la corona y el reino que pertenecían tan solo a su hijo, el reyecito niño, biznieto del rey San Fernando.

Y sucedió que el infante don Enrique, que era, aunque ambicioso, tímido, dió en pensar y pensar que lo mejor para ser rey de España, sin usar violencia, sería casarse con doña María, la reina. Mas he aquí que el infante don Juan, hermano del difunto don Sancho y tío del rey niño por tanto, hombre astuto y cruel, tuvo la misma idea y dió también en cortejar a la reina. Un tercer galán hizo a la reina madre —que era joven y bella y llena de majestad y arrogancia— blanco de sus tiernos suspiros y objeto de sus apasionadas endechas: era éste don Diego López de Haro, señor de Vizcaya, caballero heroico, esforzado y noble. Sólo que, así como los infantes era el trono y el poder

lo que ambicionaban, tratando de usurpar después sus derechos al niño, don Diego estaba enamorado realmente, y sólo el amor de la reina, que no su realeza, quería.

Y por lograr el favor de la reina, uno por amor, por ambición los otros dos, los tres caballeros andaban siempre de desafíos, luchas y querellas.

Cuando la reina María lo supo los hizo llegar hasta ella :

—Infantes de España, señor de Vizcaya— les dijo— : los que debíais ser espejos de lealtad de mi patria : ¿qué locura es ésta? Cuando el rey don Sancho, mi esposo y señor, acaba de morir ; cuando León y Castilla cambian sus galas por fúnebres pendones de luto ; cuando los moros de Granada asaltan nuestras fronteras y entran por nuestras católicas vegas sus banderas infieles, ¿vais a dividiros vosotros también, los únicos que tengo para mi defensa, haciendo arder en la nación la guerra civil? Bien sé que es la codicia, que no el amor, lo que os mueve a pretender mi mano de esposa, y el ver la corona en las sienes débiles de un niño, de las que os parece ser cosa fácil poder

arrancarla. Pues habéis de saber que, aunque muerto mi esposo, jamás volveré a casarme, pues que aún vive su amor en mi pecho ; y habéis de saber también que no está desamparada la corona de estos reinos ni la tierna infancia del rey, pues que la reina doña María me llaman, soy rama legítima del tronco real de León y estoy dispuesta a defender la vida y el patrimonio de mi hijo como una leona. Tres almas tengo para combatir, pues que en mí habitan la de Sancho muerto, la de mi hijo y la mía propia, que aun siendo de mujer sabré trocar la negra toca por el arnés y la celada, la aguja por la espada y la labor de tejer cendales y lienzo de lino por la de abatir lienzo de murallas. Id, pues, caballeros, y sabed que ni la reina quiere otro esposo que don Sancho, ni en León y Castilla hay otro rey que el niño Fernando, nieto de Alfonso el Sabio y biznieto de Fernando el Santo.

Y esto diciendo describió con sus blancas manos de princesa un rojo cortinaje de brocado y apareció el rey niño sentado en el trono, bajo el real dosel, con las sienes ceñidas por la corona de oro, y el cetro en la mano.

Retiráronse los caballeros. Don Diego muy apesadumbrado, pues sólo en el amor de la reina soñaba ; don Juan amenazando a la augusta señora con traicionarla abriendo a los sarracenos las puertas de Castilla ; don Enrique, no menos airado, combinando funestos planes para alzar a toda la nación en armas contra el pequeño rey y la gran reina.

Aquella misma noche la prudente reina, con su hijito en brazos y seguida de dos fieles criados, tuvo que abandonar su alcázar, disfrazada. Las turbas capitaneadas por don Juan penetraron en palacio y hubo en él una sangrienta lucha.

—¡ Viva don Juan, rey de Castilla !—gritaban unos.

—¡ Viva don Enrique, nuestro único monarca !—otros clamaban.

Y el rey niño, al oír aquel vocerío, preguntaba :

—Madre : ¿ me aclaman porque ven mi cabeza coronada ?

—No, hijo : son los traidores que quieren despojaros de lo vuestro—contestaba la reina. Y el niño-rey, tan chiquitín que apenas si sabía

hablar claro, como era castellano y valiente, quería ya tomar una espada para luchar contra los que así pretendían pagar su bondad con la traición e introducir la discordia en su reino.

Sucedió que en León había por aquel tiempo dos nobles familias de largo tiempo enemistadas. Eran la de los Benavides y la de los Caravajales, a cual de más alta calidad, descendientes ambas de abolengo real y poseedoras de incontables escudos y blasones. La causa del odio que se profesaban perdíase en el tiempo, pues ni aun los más viejos del reino recordaban que un Benavides hubiese nunca mirado a un Caravajal ni que un Caravajal hubiese cruzado jamás con un Benavides la palabra.

Mas he aquí que como el amor según dicen es niño y travieso y todo lo enreda y todo a su placer lo ata y lo desata, resulta que un don Juan Alonso Caravajal se enamoró perdidamente de una doña Teresa Benavides, y en esta época del reinado de doña María de Molina él y ella, a pesar de las enemistades familiares, se vieron y se amaron. Y secretamente, por no luchar con la invencible oposición de sus familias, concertaron la boda.

Cuando don Juan de Benavides, el noble hidalgo hermano de Teresa, lo supo, se desesperó y lloró de rabia y declaró ante todo aquel que quiso oírle que antes de consentir que su hermana se uniera a un Caravajal la prefería casada con un plebeyo, con un alarbe mercader, con un pastor, con un mendigo, con un ladrón. Pero la boda se había efectuado ya.

Entonces Benavides, que ni un punto quería ceder en su querella, corrió tras Caravajal y Teresa y les persiguió a través de todo el reino de Castilla y todo el reino de León. Cuando les encontró, furioso como un tigre, el noble Benavides retó en desafío al bravo Caravajal.

En medio del campo se aprestaban a la lucha los dos nobles caballeros leoneses: Benavides atacaba; Caravajal se defendía. Medidas estaban las espadas, despejado el terreno. Los aceros se cruzaban ya.

Y he aquí que, cuando la punta de la espada de Benavides tocaba al pecho de Caravajal, una dama cubierta con un negro velo se interpuso entre sus aceros y les detuvo.

—¡Basta, nobles caballeros de León!—dijo con enérgico acento.

Y como viera que ellos intentaban apartarla para seguir en su contienda, levantó el negro velo que la cubría y mostró su bellissimo rostro. Los dos caballeros bajaron, sumisos, las espadas. Habían reconocido a la reina.

Doña María de Molina habló así :

—Ilustres Caravajales, Benavides excelentes ; vosotros que sois mis parientes y deudos, que lleváis mi sangre y os honráis con blasones reales, mostrad hoy toda vuestra lealtad cesando en vanas querellas. Ved a mi hijo, vuestro rey, dormidito en el tronco de ese árbol, arrojado de su trono de Castilla, desposeído de su legítima corona por sus parientes desleales... Decid si ese tierno sol no merece que el esfuerzo de vuestro brazo se emplee en su defensa, mejor que en peleas de hermano contra hermano. ¡ Hacedlo por mí, por el niño-rey, por León y Castilla !

Los dos nobles leoneses, conmovidos ante las palabras de la reina, envainaron las espadas y bajaron las cabezas, sometidos. Después, uno tras de otro, besaron los pies al niño-rey y la mano a la reina. Benavides fué el primero en hablar :

—Señora—dijo—¿cómo puede mi rigor no prosternarse ante vuestra belleza? ¿Cómo pensar en familiares rencillas, viendo caer de vuestros bellos ojos, líquidas perlas de copioso llanto? ¿Cómo emplear el esfuerzo de nuestro brazo y nuestra espada en vanas y menudas querellas, cuando nuestra reina y nuestro reyecito vagan por los campos, escondiéndose como si fueran malhechores por temor de ser conocidos y encerrados en lóbrego calabozo o inaccesible torre, cuando el trono de Castilla y León está sin dueño, ocupado por los usurpadores? Por vos, señora, y por vuestro hijo, nuestro único y legítimo rey, cesen las rencillas de los Benavides y los Caravajales y únense las manos de unos y otros sólo por servirlos.

—He aquí la mía—dijo Caravajal.

Y los dos enemigos irreconciliables, ramas de dos troncos opuestos, se estrecharon las manos y en el común amor y en su única lealtad de fieles caballeros, se fundió el odio secular. Viendo como aquellos arrogantes guerreros depónían las armas para abrazarse estrechamente, el niño-rey batía palmas con sus manecitas, todo entusiasmado.

El juramento de Benavides y Caravajal fué por completo cumplido. Su odio se extinguió, sus rencillas cesaron, y su adhesión a la reina y al rey niño no reconocieron límites. Como ambos eran bravos capitanes y señores de vastos señoríos, muy queridos de todas las gentes de sus tierras, en pocos días levantaron un buen ejército de muchos soldados con que combatieron por la reina María contra las tropas de los usurpadores, y llevaron la bandera del rey legítimo de uno en otro pueblo hasta llegar al pie del mismo trono. Los súbditos leales, cuando vieron llegar a su pequeño rey entre las tropas fieles, no cesaban de vitorearle; y en todos los pueblos y ciudades se hacían fiestas y se encendían luminarias y a cuál más alto gritaban todos:

—¡ Viva nuestro rey legítimo Don Fernando Cuarto !

—¡ Viva el niño-rey !

—¡ Mueran los usurpadores desleales !

Cuando estos gritos llegaron a oídos de los infantes don Enrique y don Juan, cuando éstos vieron que sus partidarios se les volvían enemigos y que en Castilla y en León, como en

Murcia y Sevilla, todos se declaraban súbditos fervorosos del niño-rey, no sabían a qué sitio acudir para esconderse. Y he aquí que mientras lo decidían, las tropas de Benavides y Caravajal, al mando de estos esforzados guerreros, cogieron a los infantes y los encerraron en una alta torre.

—La reina, nuestra señora—les dijo Benavides—quiere mostrar a España entera cómo sus débiles manos de mujer saben allanar rebeldes. Así, pues, ha de hacer de vosotros ejemplar escarmiento. Entrad en la capilla de la torre y hallaréis en ella dos sacerdotes que preparen vuestras almas para una buena muerte.

Y se fué.

Mientras los infantes escuchaban aquello, apenas si podían dar crédito a lo que estaban oyendo. Porque conocían a la reina y sabían que si era brava, y prudente y resuelta, era también piadosa y clemente. Y era parienta suya y de su misma sangre.

Aún no habían tenido tiempo de acercarse a donde los sacerdotes les aguardaban, cuando he aquí que apareció un gentilhombre de cámara que les entregó la sentencia en una ban-

deja de plata. Don Juan, que, como sabemos, era más cruel que valiente, apenas si se atrevía a desdoblar el pergamino. Lo hizo por él don Enrique y leyó lo que sigue :

«Doña María Alfonso de Molina, reina y gobernadora de Castilla, León, etc. : por el rey don Fernando, Cuarto de este nombre, su hijo, etc. Para confusión de traidores y premio de leales, manda que los infantes de Castilla, sus primos, salgan libres de la fortaleza en que están presos, y se les restituyan sus estados. Y además de esto, hace merced al infante don Enrique de las villas de Feria, Mora, Morán y Santisteban de Gormaz, y al infante don Juan, de las de Ayllón, Astudillo, Curiel y Cáceres ; con esperanza, si se redujeran de mayores premios, y certidumbre, si de nuevo la ofendieran, de que aún le queda valor para defenderse y ánimo para pagar nuevos deservicios con nuevos galardones.

María, Reina Gobernadora».

Apenas habían tenido los infantes tiempo de reponerse de la impresión que les causara

ver cómo la reina, en vez de castigar sus traiciones, les colmaba, generosa, de honores; apenas habían pasado de la sorpresa a la alegría al ver que no sólo no iban a morir, sino que mayor vida y mayores bienes que antes se les otorgaban, cuando he aquí que se descorre una cortina de terciopelo rojo que ocultaba una buena parte de la torre, y aparece tras ella la reina en pie sobre su trono, la corona de oro ciñéndole las sienes, ataviada con peto y espaldar, una espada en la mano y sueltos al viento los cabellos.

La reina brava y prudente habló entonces así:

—Vuestra alevosía, infantes, merecía la muerte; pero la Reina María quiere que veáis que sabe perdonar. Siendo hombres y valientes, como mujer os he vencido: no creáis que os suelte por temor, sino porque veáis que la Reina María sabe perdonar. Y aún más que clemente, quiero ser generosa, y he aquí que no sólo os dejo la vida, sino que os colmo de riquezas y honores. Porque así, si me sois fieles, tendréis con qué calmar vuestra loca ambición, y si volvéis a las andadas, y de nuevo

tomáis las armas contra mi hijo y contra mí, cuanto más os haya dado, más podré quitaros. Tened todo esto bien presente y no olvidéis que la Reina María es grande, porque sabe perdonar.

Oyendo estas palabras tan prudentes y sabias, tan piadosas y valientes, los dos infantes no pudieron por menos de arrojar abundantes lágrimas. Se arrodillaron ante la reina y, besándole la mano, juraron dedicar su vida, su espada y su valor a luchar por la causa del rey-niño, Fernando IV, único y legítimo rey de de Castilla y León.

Y para mejor celebrar aquel día, que en todo debía ser grande, la reina María concedió también ricos dones a don Diego López de Haro, e hizo que se celebraran públicamente los solemnes esponsales de Teresa Benavides, la hermosa, y el noble y esforzado Juan de Caravajal.

II

Más la ambición loca de los dos infantes, si pareció por un momento adormecida, no llegó

a morir. Don Juan, sobre todo, no podía renunciar a la quimera de ser rey de las Españas, y cada día odiaba más y más al rey niño, la inocente criaturita por cuya causa él se veía privado de reinar.

Y sucedió que al poco tiempo de recuperar la reina María, gracias a la lealtad y al noble esfuerzo de los Benavides y los Caravajales, su trono de España, Fernando, el niño rey, cayó gravemente enfermo con viruelas.

La reina gobernadora no cesaba de llorar viendo en peligro la vida del pequeño rey, y de los más remotos confines de la tierra hizo llegar a los médicos más sabios que emplearan su ciencia en salvar a aquel monarca chiquitín.

Entre los celebrados doctores que llegaron a la Corte, uno era entre todos famoso : era judío y se llamaba Ismael. Y he aquí que un día de aquellos en que el real enfermito estaba más grave, el infante don Juan buscó a Ismael, el médico judío, y le habló así :

—Ya ves cómo aquí, por ser judío, todos te tratan mal. Ya ves cómo tu pueblo, desterrado de todas las naciones, errante por el mundo, no halla cobijo en que guarecerse ni se le per-

mite disfrutar de ninguna prebenda ni honor. Yo te juro que, de ser yo rey, tendrían los judíos los mejores cargos en esta nuestra nación de España ; de ser mía la corona, del cargo de protomédico te ensalzaría, hasta donde son pocos los humanos que pueden llegar.

Y los ojos del judío, oyendo esto, relucían de codicia, de ambición.

—¿Por qué me decís eso, infante?—preguntó con voz ronca—. ¿Qué queréis de mí?

—Quiero—dijo don Juan—algo que tu sólo puedes ayudarme a lograr. Quiero eso que has oído : quiero ser rey. Para ello es preciso que muera Fernando, mi sobrino, el rey-niño, a quien tú cuidas en su enfermedad. El enfermito debe morir ; ¿quieres ayudarme en mi intento?

—¡Quiero !—dijo el judío, extendiendo la mano en acción de solemne juramento.

Y desde aquel momento sólo pensaron el médico Ismael y el infante en llevar a término su infame acción. El judío logró hacer suya toda la confianza de la reina, y hasta el mismo enfermito, no siendo de manos de su madre, sólo de las de Ismael quería tomar la poción.

Cuando el judío estuvo bien seguro de que nadie iba a sospechar de él, vertió un veneno en la medicina que habitualmente daba al niño y se dirigió al real aposento para hacérsela tomar.

Y he aquí que, según cuentan las viejas crónicas que relatan esta vieja historia, sobre la puerta del aposento en que el pequeño monarca enfermito se hallaba, había un retrato de la reina María, pintura tan fiel y tan acertada de su fisonomía, que verlo era igual que ver a la misma reina. Y sucedió que al ir el judío a entrar en la habitación del rey niño alzó los ojos hasta el retrato de la reina madre y retrocedió convulso, con el cabello erizado de espanto. El retrato de la reina le miraba, le miraba.

La expresión del retrato, de ordinario risueña, había por completo cambiado y ahora mostrábase dura, enojada, terrible. El judío temblaba de pies a cabeza, sin poder apartar del retrato los ojos : la mano en que llevaba el vaso con el veneno le temblaba tanto, que en poco estuvo que no lo derramara todo. Mas, sobreponiéndose al temor que sentía, dió un paso adelante y empujó la puerta. Entonces ocurrió algo aún más terrible.

El cuadro que representaba el retrato de la reina María y que era de gran tamaño, se descolgó solo, casi sin hacer ruido y cayó ante la puerta, tapándola.

Ismael, el judío, al ver como hasta en efigie y pintada en un lienzo la reina hermosa defendía a su hijo, sintió crecer su espanto, y sin dejar de la mano el vaso que contenía el veneno mezclado con la medicina, quiso huir.

Pero no pudo efectuarlo, porque en la misma puerta, la de enfrente a la estancia del rey-niño, por donde él pretendía escapar, apareció, majestuosa y digna, la reina María.

—¿A dónde vais?—dijo la reina—¿Por qué huís, Samuel?

Y el judío no podía pronunciar una sola palabra, tal era su terror. Y la reina continuó preguntando así:

—¿Por qué no contestáis? ¿Qué es lo que os turba? ¿Qué lleváis en ese vaso?

Entonces el judío, cada vez más turbado, horrorizado de sí mismo, despavorido, loco, creyendo que la reina lo sabía todo, que leía en su pensamiento y adivinaba su intención, balbució imprudentemente estas palabras:



—¿Por qué huis, Ismael?...

—¡No es veneno, señora! Y si alguien os ha dicho que yo no soy leal al rey mi señor...

—¿Qué decís?

—Digo, señora, que estoy turbado, pero no soy traidor...

—¿Quién os acusa de ello?—preguntó la reina, a quien ya la natural prudencia y el instinto maternal hacían, dolorosamente, adivinar—. ¿No sabéis que a sí mismo se culpa aquel que se disculpa sin que nadie con sus quejas le haya dado razón?

—¡No, no! ¡No me culpéis!—seguía gritando el judío, medio loco—. Si el retrato lo dice, engañase el retrato, y si me cerró el paso cuando yo iba a dar la medicina al rey, ¿qué culpa tengo yo de que el retrato se cayera? El infante don Juan ha sido quien con esta pócima me mandó quitar la vida al rey, para él antes reinar. Mas yo...

—¡Silencio!—ordenó la reina, estremeciéndose de horror al ver así palpable el crimen que el infante había osado planear—. ¿Decís que esa bebida es la medicina que a mi hijo, el rey Fernando, destináis?

—Esta es, señora, y aunque al infante

por mejor contentarle díjele que en ella había vertido un activo veneno, por mi alma os juro, señora, que es mentira, que falté a la verdad, que en mi intento no estuvo nunca ser traidor asesino... Mas dejadme que, aun siendo inofensiva, derrame esta pócima y componga para el rey otra que mejor le pueda sentar.

Pero la reina, de cuyo corazón no se apartaba la idea del peligro que había corrido, que acaso estaba corriendo aún, su amadísimo hijo, sujetó con energía el brazo en que el judío llevaba la siniestra bebida y dijo así :

—Bebed, judío. Si la bebida es buena para el rey, mi hijo, buena ha de ser para vos también ; si es mala, justo es que vos que la habéis compuesto, antes de darla a otro, la probéis. Y como el judío se resistiera a cumplir el mandato de la reina, la prudente María añadió :

—Doctor Ismael : escoged entre beber ahora mismo esa pócima, que decís ser inofensiva, o salir mañana por calles y por plazas, desnudo y atado a un carro, sometido al martirio del fuego y las tenazas y expuesto a la mofa del vulgo cruel.

Y el judío, desesperado de salvarse de uno ni otro modo—y acaso arrepentido de su vil acción—, apuró de un sorbo el contenido del vaso. Y en el acto cayó muerto al suelo.

La reina brava, doña María de Molina, aunque dolida de aquella muerte acaecida allí a sus reales pies, lanzó un suspiro de descanso al ver cómo con su prudencia y su energía había salvado a su hijo de una muerte cierta. Apartó el cadáver del judío hasta una habitación contigua, y con toda majestad abrió las puertas para dar principio a la pública Audiencia real. A ella acudieron los infantes traidores, don Juan y don Enrique, y a ella acudieron también sus defensores fieles, Benavides y los hermanos Caravajal. Y acudieron también soldados pidiendo dinero para continuar la guerra de defensa contra el moro, y vasallos quejándose de los muchos impuestos, y mercaderes ofreciendo sus servicios de comprar y vender.

Y nos cuentan las crónicas de aquel tiempo remoto que en día tan solemne doña María de Molina, reina brava y prudente, vendió a los mercaderes su particular patrimonio, sus joyas,

su vajilla de plata y hasta las negras tocas con que su hermosa cabeza se cubría desde su viudez, para poder pagar a sus soldados sin recargar los impuestos de sus vasallos, para sostener la guerra y que no tuviera que retroceder ni un paso el cristiano pendón. Y es fama que el mercader que compró las tocas reales, como reliquia las guardó de tanta generosidad.

Cuando la Audiencia terminó, salieron todos y la reina hizo que se quedara sólo y a su lado don Juan.

—Infante de Castilla—le dijo—, pues estáis tan alto que para ser rey poco os falta ya, a vos quiero recurrir para que en un grave trance me ayudéis.

(Y el infante traidor se estremeció de gozo, a estas frases.)

—Ahora que estamos solos—continuó la reina—quiero relataros que hay un grande de España, muy grande, tan grande como vos, que intenta subir hasta rey, de vasallo...

(Y el infante desleal se estremeció, esta vez de temor.)

—Yo quisiera castigar su loca pretensión, como bien comprendéis—la reina siguió—, y

como vos le queréis tanto como a vos mismo, he pensado que vos le escribáis, pues que le sabréis reducir aún mejor que yo.

(Y el infante ingrato, de terror, tembló.)

Antes de que el infante osara moverse, la reina María, con aquella energía y aquella graciosa bravura peculiares en ella, puso ante él pluma y pergamino con que escribir.

—¡Escribid!—ordenó.

Y el infante, aunque bien quisiera rebelarse, tomó la pluma y escribió. La reina le dictaba así con energía :

«Infante : como un rey tiene
Dos ángeles en su guarda,
Poco en saber quién és, tarda
El que a hacerle traición viene.
Vuestra ambición se refrene,
Que se acabará algún día
La noble paciencia mía
Y os cortará mi aspereza
Esperanzas y cabeza.
La reina doña María.

Bien comprendía el infante que las palabras dictadas por la reina y por él mismo escritas

iban dirigidas a él ; mas, queriendo aún disimular su traición, preguntó, trémulo :

—Y ¿a quién debo dirigir esta carta ?

—Al que en esa habitación os espera—contestó la reina brava en tono sombrío.

Temblando entró el infante don Juan en la estancia, y en cuanto vió al judío tendido en tierra, muerto y con la copa fatal aún en la mano, comprendió que todo estaba descubier-to, y que ya no podía aguardar de la reina piedad. Con rápido movimiento tomó la copa de la mano inerte del judío muerto e intentó llevarla a sus labios. Pero la reina María, que no se había apartado de él, detuvo su acción :

—Todavía no—dijo—. Sabed que a pesar de cuanto en ese papel está escrito, aún me resisto a dar crédito a un mísero hebreo contra un infante de Castilla, don Juan. Quiero creer que fué el judío, quien, por venganza de su raza, quiso dar muerte al rey. Si antes de morir os acusó, quiero atribuirlo a su ruindad también. Guardad, por ahora, la vida... y guardad también ese papel, que, si alguna vez la ambición os inquieta, bien pudiera servir de medicina contra la ambición.

Y el infante don Juan, una vez más perdonado por la clemencia de la reina prudente, bajó la cabeza, se humilló hasta el suelo, y besó el borde del real manto de María de Molina.

El niño rey curó de su grave enfermedad. Y a pesar de las asechanzas de los traidores, volvió a lucir con toda la brillantez de un sol.

En cambio, el desleal infante don Juan no pudo perdonar a la reina la humillación de su perdón, y, uniendo ingratitud a soberbia y a ambición, buscó mil medios para perderla, ya que la amorosa vigilancia con que la reina prudente velaba por su hijo no le permitía perder al niño-rey.

Cautelosamente y a traición, propaló la noticia del veneno que un infame médico judío intentó dar al reyecito, pero en vez de decir ¡naturalmente! que él era quien al hebreo había sobornado, hizo creer a todo el mundo que la misma reina había sido quien intentara, con cruel alevosía, asesinar al rey.

No hay para qué decir que esta calumnia horrible hizo arder contra la reina la indignación de todos los súbditos de Castilla y León y que

a propalarla ayudó a don Juan el infante don Enrique, que todavía guardaba a la reina el más tenaz rencor. Para llevar hasta el último término su venganza y coronarse reyes no vacilaron en ir a buscar a don Diego, su antiguo rival, el señor de Vizcaya, que ya sabemos cómo no era pretendiente ambicioso, sino enamorado galán...

Y, una vez ante él, calumniaron a doña María de Molina horriblemente, y tanto y tanto le dijeron, que él, abrasado también de cólera y celos, decidió pactar con el rey de Aragón y levantar un ejército que quitara a la reina el gobierno de España y la llevara presa a la fortaleza de Toro. Por tutores del niño rey y regentes de la nación quedarían los infantes don Enrique y don Juan.

Toda esta traición debía organizarse cierta noche, en una cena que los infantes daban a la nobleza, mientras en los patios tenían ya preparadas las tropas. Y mientras en el alcázar real, la reina, empobrecida por no mermar a sus vasallos el caudal, apenas si tenía vajilla en que le fuera servida una colación humilde, los traidores se regodeaban con ricos manjares

y exquisitos vinos, mientras tramaban la conspiración.

Y he aquí que, de pronto, se abren las puertas de la sala en que se estaba celebrando el festín y aparecieron en ellas el fiel Benavides y los Caravajales leales. Tras de ellos venían numerosas tropas adictas y la reina María armada de todas armas, con espada, peto y espaldar.

—¡Detened a los traidores!—gritó la reina a sus leales—. Mas antes dejad que hable un momento al infante. Decid, pues, don Juan, y sabed que por tercera vez salváis la vida si decís la verdad: ¿quién fué el que sobornó a Ismael el judío para que envenenase al niño-rey? ¿Quién ha propalado después la más odiosa calumnia, diciendo que fuí yo, su propia madre, quien le quiso matar?

Ante todos los presentes, confuso y sobrecogido, el infante don Juan bajó la cabeza y, por salvar la vida que en tanto estimaba, allí mismo confesó su traición.

La reina, cuya piedad se igualaba con su prudencia, cumplió su palabra perdonando la vida al infante don Juan, pero en castigo a sus

muchos delitos le encerró en el castillo de la Mota de Medina, para escarmiento de todo ambicioso y traidor.

III

Pasaron largos años, hasta catorce, en que la reina María la Brava, como los modernos después la han llamado, no cesó de pelear por conservar a su hijo, el tierno reyecito, vida y patrimonio. Palmo a palmo tuvo que defender su reino, sofocando los alzamientos de León y Castilla, guerreando contra la rapacidad de los de Portugal, de la Rioja y Aragón, y combatiendo sin cesar un punto contra la morisma que a cada momento por la vega de Granada se entraba. Y con todo pudo la reina bella, le reina buena, la reina brava, la reina prudente.

Ahora el rey Fernando, Cuarto de su nombre, no era ya el niño rey, sino que era el rey mozo, tenía diez y siete años e iba a coronarse. Y tanto y tan bien le había preparado el reino su madre, que los moros, sometidos, le pagaban parias, los reyes de Aragón y Nava-

rra eran sus aliados y amigos, sus súbditos adoraban en él y el rey de Portugal, don Dionís, quería casarle con su hija, la hermosa Constanza. En esta excelente situación dejó doña María de Molina los asuntos del Estado al ponerlos en manos del rey Fernando, su hijo.

Y he aquí que la reina se retiró al campo y su hijo quedó por dueño y señor de todo su reino. No hay para qué decir que los consejeros que su madre le dejó eran los que con ella fueran tan nobles y leales : los dos Caravajales y Benavides el fiel.

Al rey le gustaba en extremo cazar, y apenas había día en que no saliera con su comitiva en busca de su diversión favorita. Y sucedió que un día que en los montes de Toledo estaban de caza, les salió al encuentro un hombre vestido de labrador mísero. Deteniéndose ante la comitiva del rey, habló de este modo :

—Íncrito monarca : ya que vais a empezar un reinado que todos deseamos que sea por demás glorioso, entrad en él deshaciendo agravios porque así desde el primer día os respeten y adoren todos vuestros vasallos. Habéis de saber que aunque me veis así vestido de mise-

rables andrajos, soy tío vuestro e infante de España, a quien la persecución de la reina María y sus consejeros ha reducido a este triste estado. Porque yo me opuse a que se atentara contra vuestra vida, porque intenté hacer cesar el escándalo que la vida licenciosa de la reina ocasionaba, porque defendí el reino de la avaricia y ambición de los consejeros, y luché por vuestra infantil persona con todos y contra todos, la reina me hizo encarcelar en la Mota de Medina, donde he pasado en cautiverio diez interminables años. Ahora, al saber que un nuevo sol alumbraba a Castilla y que el poder ya no estaba en manos mujeriles y vengativas, sino en las vuestras, señor, he hecho un magno esfuerzo por poder llegar hasta vuestros pies. Fiando en mi inocencia y en la lealtad de un criado, he hecho tiras el lienzo de todas mis sábanas y desde la torre más alta del homenaje me he descolgado. ¡ Señor ! Hacedme justicia contra vuestra madre, mi perseguidora, y perseguid a vuestra vez a los consejeros infieles, los Benavides y Caravajales. Y sabed, señor, por si alguna vez habéis oído hablar de mí, que soy el infante don Juan.

Al oír aquellas acusaciones contra su madre, el rey mozo echó mano a la espada, pero al saber la calidad de aquel hombre, su tío más próximo, escuchó hasta el fin su relato. Por un momento dudó entre su deber de monarca y su deber filial ; mas pronto se repuso y decidió cumplir con lo que le ordenara la más estricta justicia.

—Si es verdad lo que decís—contestó arrogante— ; si en toda ocasión me defendísteis hasta de mi propia madre, y si vuestra prisión y castigo fué injusto, sabed que yo quiero hacer justicia desde el primer día y anhele ver limpio de traidores mi reino. Contra mi propia madre he de ir, si mi madre es culpable, y en tanto, que sean presos y aherrojados los Benavides y Caravajales.

El infante don Juan, una vez más y al cabo de tantos años, iba de traición en traición.

Firme el rey Fernando en su decisión de hacer justicia en su reino a todo trance y aun en la augusta persona de su propia madre, hizo que sus tropas se adelantaran a prender a Benavides y a los Caravajales con orden de encerrarles en la fortaleza de Santorcaz. Y al mis-

mo don Juan envió a prevenir a su madre, la reina María, de la suerte que le aguardaba.

De pueblo en pueblo recorrió el infante Castilla toda hasta hallar a la reina prudente. Y de pueblo en pueblo, en todos cuantos quedaba rastro de doña María, las gentes no cesaban de alabar su prudencia, su llaneza, su valor y su sabiduría. Al fin llegó a una pequeña aldea en que la reina se había detenido con su corto séquito y que ardía en rústicas fiestas con que aquellas humildes gentes labradoras celebraban el acontecimiento de albergar a una reina entre ellas. Con su más cortesana sonrisa, bariendo el suelo con la pluma de su sombrero y doblando el espino en reverencia profunda, se adelantó don Juan hasta los pies de la reina.

—Señora—dijo con fingida humildad—: vuestro hijo el rey don Fernando, a quien Dios guarde largos años, ha hecho encarcelar a vuestros consejeros, Benavides y los Caravaiales. Yo no sé de qué culpa les puede acusar, pero sí he oído decir que esos magnates, que vos teníais por los más fieles y adictos, os han traicionado haciendo contra vos cargos tan espantosos que vuestro mismo hijo quedó horro-

rizado. Yo fuí el encargado de prenderlos ; yo mismo tengo la orden de prenderos a Vos.

—No me extraña que el rey se vuelva contra mí—dijo la reina María—si escucha las lisonjas de los cortesanos como vos, infante ; pero antes de encarcelar a los consejeros debía enterarse de cómo a ellos y sólo a ellos debe la corona. Pero ésto lo sabrá así que me oiga. En cuanto a mí, estoy dispuesta a cumplir las órdenes del rey. Infante, prendedme.

Pero no era esto lo que el infante quería. Y así, dijo :

—Señora ; yo no puedo poner mis humildes manos en vuestra augusta persona. Si vuestro hijo se porta con Vos de modo inhumano, yo tengo en mí el medio de libraros de sus crueldades. Consentid en ser mi esposa y en unión de los gentileshombres mis aliados, de los que el infante Enrique va al frente, haremos la guerra al rey Fernando y recuperaremos para Vos, y para mí, Castilla. En este papel se confirma, firmado por los gentileshombres, cuanto estoy diciendo.

La reina María tomó el papel que el infante le alargaba y lo metió en su manga. Después,

fingiendo una gran cólera, lo rompió en mil pedazos.

Y he aquí que en esto llegaba ya el rey, seguido de sus tropas, a donde estaba la reina. Y cuando se encontró ante ella, que tan buena y abnegada fuera siempre para él, no pudo hacer sino bajar la cabeza y oír sus palabras.

Lentamente, con gran majestad y aquella voz suya a un tiempo tan suave y tan brava, la reina María presentó al rey su hijo cuenta de sus hechos desde el día en que quedara viuda. Y le habló de las mil persecuciones de que le había libertado y le relató cómo tuvo que vender hasta sus tocas para no mermar su patrimonio y cómo sostuvo guerras y libró batallas y vivió en la mayor escasez y recato... El rey, intensamente pálido, arrepentido ya de haber dado crédito a los calumniadores, la escuchaba muy emocionado. Y al fin, cuando ella le tendió como prueba de su pobreza el vaso de estaño, que era la única riqueza que poseía en el mundo, no pudo menos de besarle la mano entre lágrimas.

Entonces la reina sacó de su manga un papel y añadió, ahora con bravura :

—Ahí tienes, hijo mío, la prueba de quien es traidor y quien es leal. Hace un instante fingí romper ese papel que el infante me daba, pero rasgué otro, guardando ese para Vos.

Y en el papel firmado por los gentileshombres, a cuya cabeza iba el nombre de los dos infantes, se prometía a la reina encarcelar al joven rey don Fernando y devolverle a ella el trono de León y Castilla si consentía en partirlo con el infante don Juan, tomándole por esposo. Cuando el rey leyó aquella traición que el infante le hacía, tembló de ira y preguntó a don Juan :

—Infante : ¿es vuestra firma?

Y don Juan, leal por una sola vez en la vida, acaso cansado de tantas traiciones, repuso :

—Sí, gran señor ; es mía.

En aquel momento sonaron cercanas cajas y atambores. Y apareció don Diego de Haro, seguido de multitud de soldados armados y llevando a su lado a Benavides y a los Carvajales.

—He aquí a vuestros leales consejeros, señora—dijo el noble señor de Vizcaya— ; los que siempre os fueron adictos y fieles. Yo, que

conozco bien las traiciones de don Juan, el infante, al oír decir que por orden de él les llevaban presos, tomé a mi cargo el libertarlos. Es el medio mejor que mi amor tenía de poder servirlos, señora.

Otro tumulto resonaba ahora en la aldea. Eran los campesinos y sus mujeres y hasta sus chiquillos que, habiendo oído decir que el rey iba a prender a la reina, venían armados a su manera «a prender al rey». Cuando vieron que no era así y que madre e hijo estaban tiernamente abrazados, prorrumpieron en vítores y gritos de viva alegría. Y se encendieron nuevas luminarias y aquella noche no se acostó nadie en la aldea porque todos la pasaron de fiesta.

Los infantes traidores huyeron a Aragón. Y la reina brava, una vez más, clemente, les perdonó la vida. Sólo les condenó a que no entraran jamás en León ni en Castilla.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID



5406004239